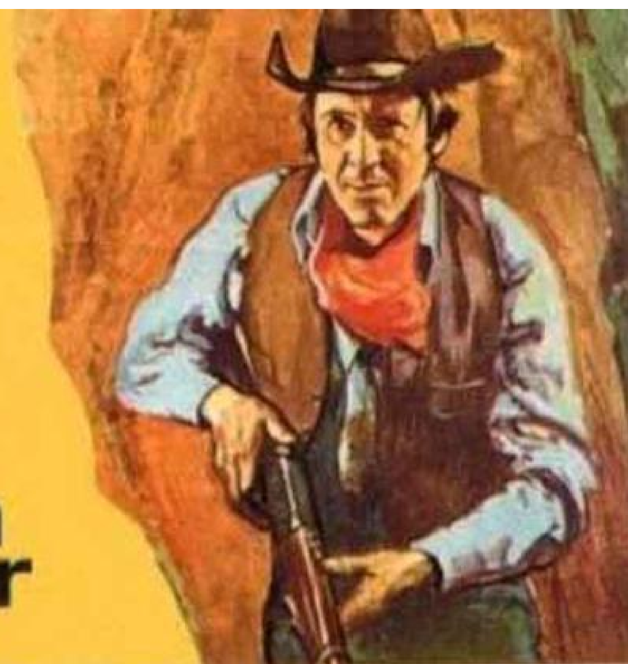
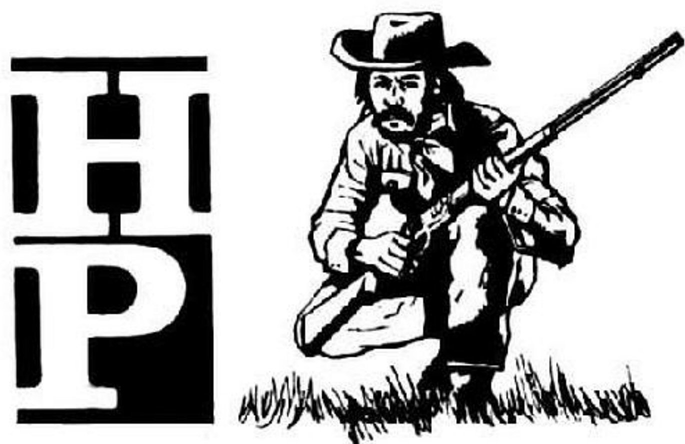




Keith Luger

DISPARANDO COMO UN RAYO





HEROES DE LA PRADERA





Keith Luger

DISPARANDO COMO UN RAYO

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 510
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Déposito Legal B 28424-1979

Impreso en España - Printd in Spain

1.º edicción: octubre, 1979

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

Bob Carson abrazó con fuerza a la rubia que le sonreía y la levantó dos palmos sobre la acera de tablas.

—Tengo una suerte loca —dijo Bob.

La rubia hizo un guiño picaresco.

—Te eché el ojo apenas llegaste a Dougland.

—¡Rayos! Pues no tienes mala vista, ¿eh?

—Siempre me gustaron los hombres fuertes.

Bob gruñó de satisfacción y sonrió.

—Y a mí las rubias con ojos verdosos como los tuyos.

—¿Cómo te llamas, encanto?

—Bob, Bob Carson. ¿Y tú?

La rubia apoyó los tacones en el suelo y se ahuecó el blondo cabello con coquetería.

—Celestina. ¿No es bonito?

Bob se quedó boquiabierto al contemplarla nuevamente de la cabeza a los pies. Notó la boca seca y dijo con voz ronca:

—¡Rayos, nena! ¡Estás de miedo! ¿Has dicho Celestina? ¡En mi vida había oído un nombre más bonito! ¡Si hasta tiene música! ¿Sabes que estoy mareado?

Ella quedó repentinamente seria, mirando al fondo de la calle.

—Oye, Bob —dijo y tanteó los abultados bíceps del hombre—. Apuesto a que no has bebido un vaso de *whisky* en lo que va del día.

Bob la miró lleno de sorpresa.

—¡Muchacha! —exclamó—. ¿Es que eres adivinadora? ¡Precisamente tengo el gaznate más seco que nunca!

Celestina lo envolvió en una mirada cálida y susurró de modo que a Carson le produjo un escalofrío:

—¿Qué te parece si compartiéramos la botella que tengo a

punto?

Bob trató de articular las palabras, pero emitió un pequeño rugido y se dejó llevar de la mano por Celestina.

Entraron en un callejón que daba a los almacenes y depósitos de Dougland. Aquel lado del pueblo estaba más desierto que el resto. A mitad del callejón encontraron una travesía inesperada para Bob y se colaron en una especie de cobertizo.

Celestina se puso el índice sobre los labios para indicar silencio y Bob se entusiasmó con la aventura. La paz del lugar era propicia para el arrullo.

La chica estiró de pronto una pierna al tiempo que empujaba a Bob, quien no tuvo tiempo de esquivar la zancadilla y fue a dar con sus noventa kilos al suelo.

—¡Celestina! —exclamó incorporándose.

La chica había desaparecido y Bob pegó un respingo al ver a tres tipos de mala catadura que le apuntaban con sendos revólveres.

—No grites, muchacho —dijo el más alto de los tres—. Celestina acaba de irse a un recado. Nosotros somos de la familia.

—¡Maldita sea! —rugió Bob—. ¿Qué clase de enredo es éste?

El tipo alto sacudió la cabeza pacientemente.

—Ya te he dicho que estás con la familia —dijo—. Nosotros somos los parientes pobres. ¡Saca la pasta!

Bob irguióse cuan largo era, con la mandíbula inferior temblando.

—De modo que todo ha sido una comedia para asaltarme, ¿eh?

—Has dado en el clavo, forastero.

—¡Condenación! —aulló Bob y se encorvó dispuesto a saltar como un puma—. ¡No vais a sacarme un centavo!

—¡Quieto, elefante! —continuó el tipo alto—. ¡Vamos, empieza a vaciar los bolsillos!

Los tres revólveres apuntaron a diversas partes del corpachón de Bob Carson.

—Repito que no me sacaréis un centavo.

Carson se apoyó en el canto de una pila de cajones viejos.

—¡Bien, tacaño! —rezongó el que llevaba la voz cantante—. ¡Entonces tendremos que despojar a un cadáver!

Cuando el salteador acababa de pronunciar la última sílaba, Carson empujó un cajón con la mano abierta y lo proyectó hacia el

trío.

Los revólveres tronaron a coro, desviados por el cajón que alcanzó de lleno a los tres individuos, y los proyectiles erraron el blanco.

—¿Dónde está el primo? —gritó el larguirucho mientras se limpiaba rabioso la paja del embalaje enredada en la cara.

Bob lanzó otro cajón en su huida, pero al hacerlo de espaldas, tropezó con un rollo de cuerda y cayó como un lardo.

El tipo del revólver que llevaba la iniciativa se lanzó hacia él con la ira pintada en el rostro.

—¡Cochino gordo! —masculló—. ¡Ahora verás lo que es bueno!

Los otros dos que le seguían avanzaron con los revólveres en ristre.

De pronto sonaron tres disparos y las armas de los salteadores volaron por el aire.

El pequeño grupo, incluido Bob, volvió las cabezas hacia la entrada del cobertizo.

Un joven, alto, delgado, de anchos hombros y facciones correctas contempló largamente la escena.

Vestía una camisa deteriorada y unos pantalones de pana, de color negro.

—¡Tony! —exclamó Bob, desde el suelo.

El joven llamado Tony clavó las pupilas negras en Bob cerciorándose de que no ofrecía ningún rasguño a la vista.

—¿Qué pasa aquí, muchacho? —indagó sin quitar ojo de los tres desconocidos.

—¡Esos tipos me querían vaciar los bolsillos!

Tony hizo una mueca y soltó el resuello contenido:

—Creí que era algo más gordo, Bob —dijo—. ¿Han visto que no llevabas un centavo?

—Ya les dije que no me sacarían ni medio. ¡Pero lo interpretaron de otro modo!

El que mandaba apuntó con un dedo rabiosamente a Bob:

—¡De manera que está sin blanca! ¡Maldición, debí…!

Tony enfundó el revólver y ayudó a Bob a ponerse en pie.

—Vamos, hijo. Se hace tarde —volvióse a los tres socios—. Hasta la vista, muchachos.

—¡No saldréis de aquí enteros! —chilló el zanquilargo y casi al

mismo tiempo se arrojó contra Tony, mientras sus dos compañeros se lanzaban hacia Bob.

Tony frenó al tipo con la izquierda, esquivando con facilidad el golpe que le mandaba al ojo, y soltó un derechazo en la mandíbula de su antagonista haciéndolo saltar por encima de las cajas apiladas.

Bob estrelló al más regordete contra una batería de toneles vacíos y al otro lo lanzó por encima de la cabeza hacia un carro lleno de paja, donde quedó oculto.

—Andando, Bob —dijo Tony, y se sacudió las manos.

Bob fue tras él enjugándose el sudor del rostro.

—¡Rayos, Tony! —exclamó—. ¡Te juro que no sé cómo ha podido pasarme!

Tony alcanzó la salida del callejón y miró a ambos lados.

—Siempre tienes percances en cuanto te dejo solo… Allí viene el *sheriff*.

Bob parpadeó al ver el reflejo de una estrella plateada, prendida en el pecho de un hombre que se acercaba por el fondo de la calle.

—¡Condenación, Tony! ¡Apuesto a que nos quiere enredar en esto y pasamos a ser culpables en vez de víctimas!

Tony no le escuchaba, yendo a paso vivo hacia los caballos.

Cruzaron la calzada y montaron prestamente, alejándose hacia las afueras.

Bob espoleó la montura para ponerse a la altura de Tony.

—¿Te das cuenta, Tony? —rezongó Bob—. Ya te dije que estos andurriales me daban mala espina.

—Cuando tenemos un trabajo a la vista no se pueden tener esos pensamientos —replicó Tony—. Verás, cómo marcha todo sobre ruedas. Me han dicho que el hombre que nos mandó la carta ha sido alcalde de este pueblo. ¿Sabes eso lo que significa? Un buen cliente en ciernes.

—¡Rayos! —Alzó las cejas Bob—. Los alcaldes siempre están en buena posición. Espero que con ese tipo consigamos un poco de dinero.

—Debe tener sus buenos ahorros cuando quiere que le instalemos un pararrayos. En estos lugares no deja de ser un lujo.

Una voz ronca gritó perentoriamente detrás de ellos:

—¡Alto! ¡Deténganse!

Tony echó mano al revólver cuando se daba la vuelta sobre la silla, pero interrumpió el movimiento al ver al *sheriff*.

—Estoy tocando madera —murmuró Bob por la comisura de la boca.

—Tranquilízate, Bob. ¡Buenos días, *sheriff*!

El representante de la ley se aproximó llevando dos jinetes a la zaga.

—Ustedes han disparado en una de las callejas, ¿eh?

Tony se descubrió lleno de respeto, y contempló al *sheriff*.

—Hemos tenido una ligera escaramuza.

Los ojos grises del *sheriff* tomaron nota de los dos forasteros.

—¿Qué han hecho ustedes?

—Nos han hecho, *sheriff* —le rectificó Tony—. Mi amigo Bob fue atacado por unos bandoleros. ¿Qué clase de gente habita aquí?

El representante de la ley hizo una mueca que torció las arrugas de su cara.

—Ustedes son un par de pájaros que no me gustan ni pizca.

—¡*Sheriff*, no es justo…!

—¿De dónde vienen ustedes?

Tony apoyó los brazos en el arzón.

—Oiga, *sheriff*, no va a echarnos la culpa. Bob iba tan tranquilo cuando tres sujetos le pidieron que se volviera al revés.

—¿Qué vienen a hacer aquí?

—Venimos en plan de trabajo.

—Sí, ¿eh? —Gruño el *sheriff*—. No tienen aspecto de aficionados a doblar el espinazo. ¿Qué clase de trabajo?

—Instaladores de pararrayos.

La autoridad de Dougland parpadeó varias veces.

—¿Qué infiernos dice?

—Lo ha oído bien, *sheriff*. Instalamos pararrayos. Esas varillas largas que se colocan encima de los tejados.

—¡Infiernos! —El *sheriff* cuadró las mandíbulas—. Supongo que no pretenderán tomarme el pelo.

Uno de los ayudantes se inclinó hacia su jefe.

—*Sheriff* Busch —dijo—. ¿Por qué no los llevamos a la oficina y los interrogamos adecuadamente?

El *sheriff* Busch continuó con la vista fija en los dos forasteros.

—Calla, Smith. No se irán de aquí sin que digan la verdad. Sé

manejar a esta clase de pájaros.

Tony sacudió la cabeza chascando la lengua, y extrajo del bolsillo un folleto de colores.

—Mire, *sheriff* —dijo—. Aquí tiene varios modelos de los aparatos que instalamos.

El *sheriff* Busch examinó con ojos de sospecha el folleto que le mostraba el forastero.

—Pararrayos, ¿eh? —Gruñó—. Ustedes colocan esos chismes.

Los ayudantes ojearon por encima del hombro de su jefe.

Tony carraspeó.

—Ese dibujo es del modelo mediano. Muy apropiado para comisarías. Le instalamos uno al *sheriff* de Ríos Secos y está encantado. Todas las tormentas se las pasa durmiendo a pierna suelta, sin miedo a encontrarse la comisaría convertida en un montón de cenizas.

El *sheriff* cambió miradas con sus ayudantes y luego contempló con el gesto adusto al joven forastero.

—Deje de largarme cuentos. Soy de los que no tienen miedo a los rayos. Por un momento creí que iban a quedarse en Dougland y no me ha hecho ninguna gracia. Ustedes son de esa gente que para buscar ruidos se las pintan solos. Eché una ojeada al lugar donde sonaron los tiros y no he visto nada de nada. Por esta vez les dejaré pasar si no les vuelvo a ver más el pelo por Dougland. Hay ciertos forasteros que me inquietan más que los rayos.

—Somos gentes de paz, *sheriff*. Colocaremos uno de nuestros aparatos en este pueblo y luego nos iremos.

Smith soltó una carcajada.

—¿Ha oído, *sheriff*? ¡Piensan instalar uno aquí!

—Me gustaría saber quién les encarga el trabajo —gruñó Busch.

Tony estiró el cuello.

—El señor Levin. Samuel Levin. Nos escribió a San Antonio requiriendo nuestros servicios.

—¡Sam Levin! —rió Smith con fuerza—. ¡Quién lo iba a decir!

—Bien —refunfuñó Busch—. Hagan su trabajo y absténgase de disparar así por las buenas.

El *sheriff* levantó la mano para ordenar a sus ayudantes la marcha.

Bob alzó la voz vibrante de indignación:

—¡Y usted ocúpese de dar una batida y encerrar a todos los salteadores!

—¡Nos han dejado sin un centavo! —agregó Tony.

—Es la pura verdad —rezongó Bob cuando el *sheriff* estaba lejos y no podían oírle—. Nos han dejado sin un centavo porque no lo teníamos antes.

Tony espoleó el caballo.

—Samuel Levin nos sacará de apuros. Andando, Bob.

Bajaron una loma y Bob se acercó sin poderse tener sobre el caballo.

—No voy a poder resistirlo, Tony.

Tony Fair volvió la cabeza.

—¿Qué te ocurre ahora?

—El estómago me hace unos ruidos raros. Algo así como si amenazara digerirse a sí mismo. ¡Infiernos, Tony, no he probado bocado en varias horas!

—Sam Levin tendrá una buena mesa. Esa gente se cuida bien.

—¿Falta mucho, Tony?

—Un par de millas.

Bob soltó un gemido.

Durante diez minutos cabalgaron aprisa sin despegar los labios.

Bob alzó la cabeza y soltó una exclamación.

—¡Tony, mira! —apuntó con un dedo hacia lo lejos.

Tony Fair tiró de las riendas y contempló los árboles que le señalaba su amigo. Encanutó los labios y silbó largamente.

—¡Manzanas, Tony! —exclamó alborozado Bob—. ¡Y que me cuelguen si no están más maduras que mi tía!

Tony acarició los flancos del caballo.

—No te fíes de las apariencias. Hemos de verlas de cerca. Parece un campo muy grande. Andando, Bob.

Los dos jinetes se aproximaron al campo de manzanos y descabalgaron en los primeros árboles.

Los frutos estaban en su punto, probablemente para ser recolectados. Había largas hileras de manzanos que formaban callejas que se perdían de vista.

Tony se adentró seguido de Bob y escogieron un árbol fácil de trepar y de abundante fruto.

El joven se encaramó en rápidos movimientos.

—Yo te las iré dando, Bob —dijo y mordió una manzana del tamaño del puño.

Bob gorjeó de placer y en dos bocados se tragó la que le mandó su amigo.

—No hacía esto desde que era pequeño —rió Bob.

—Ni yo —replicó Tony con la boca llena—. Tía Eufrasia tenía varios manzanos. Pero untaba las ramas con jabón para que nos rompiéramos la crisma. No he conocido una persona más tacaña en toda mi vida.

—Tíramelas de dos en dos —pidió Bob devorando la fruta.

Los dos hombres comieron durante varios minutos sin decir palabra.

De pronto un estampido interrumpió la quietud del campo y la manzana que tenía Bob en la mano fue arrancada bruscamente.

—¡Tony! —exclamó con acento de puro terror.

El joven permanecía en lo alto del manzano, los ojos fijos en las hileras de la izquierda.

—¡Nos han descubierto, Bob! ¡Alguien viene hacia aquí!

—¡Tony, infiernos, salta de una vez!

Tony Fair lo hizo cayendo junto a su amigo que empezaba a poner los pies en polvorosa.

—¡Alto! —gritó una garganta femenina.

Tony y Bob clavaron los pies en el suelo al verse con la retirada cortada.

Una mujer avanzaba hacia ellos a unas veinte yardas. En una de sus manos vieron el brillo del rifle.

—¡Por el otro lado, Bob! —dijo Tony—. ¡Debe ser el fantasma de la tía Eufrasia!

Un nuevo disparo cortó en seco sus palabras.

—¡No se muevan o los aso vivos! —ordenó la mujer.

Bob empezó a correr.

—¡Vendremos luego, buena señora!

La propietaria los enfiló en una de las calles que formaban los árboles y peló de un tiro la rama que pendía sobre la cabeza de Tony.

—¡Por fin he pillado a los indeseables que me limpiaban la fruta!

—¡Le juro que es la primera vez que nos metemos aquí! —gritó

Tony oyendo a sus espaldas el jadeo de Bob.

La muchacha estaría por los veintidós años. Era esbelta, de formas acusadas y piernas largas. Tanto su pelo como sus ojos eran intensamente negros, y tenía rostro bello, a pesar de que estaba crispado por la ira.

—¡Sabía que los agarraría tarde o temprano! —rezongó con los blancos dientes apretados.

—¡Le repito que se equivoca, señorita! —retrucó Tony—. ¡Nunca hemos estado en estos lugares!

Ella avanzó despacio, al mismo compás que ellos retrocedían sin dar la espalda.

—No, ¿eh? —dijo furiosa—. ¿Van a decirme que ahora estaban buscando caracoles?

—¡Sólo hemos tomado un par de manzanas!

—¡Así que lo confiesan! ¡Menudo par de caraduras!

—¡Muchacha, deje ese rifle quieto!

Ella hizo accionar la palanca.

—¡No será sin darles antes lo que se merecen!

—¡Quieta! —Tony pegó un salto en el aire cuando el rifle vomitó fuego.

—¡Nos va a matar. Tony! —aulló Bob—. ¡Lo leo en sus ojos!

Los dos hombres corrieron a trompicones escudándose en los árboles.

Ella los buscó con ahínco.

—¡Le pagaremos los daños! —gritó Tony cuando de otro disparo le volaron el sombrero.

—¡Maldita pareja de cuervos! —Los ojos de la joven despedían llamas visibles a pesar de la distancia—. ¡No tienen bastante oro en el mundo para pagarme el gusto de llenarles de agujeros!

Tony calculó que el trecho que le separaba de ella era demasiado para saltar y derribarla.

Antes de que pudiera quitarle el rifle, ella lo habría vaciado de plomo a placer.

Bob perdió la serenidad y trató de escapar por los manzanos del otro lado. Pero cada vez que lo intentaba, los proyectiles de la joven le mantenían a raya.

Tony la miró con fijeza y se quedó plantado en medio de las dos tiras de árboles. Entornó los ojos y llegó a la conclusión de que

aquella hermosa joven no podía asesinarles o simplemente dejarles cojos por darse el gusto. Bien, intentaría una jugarreta. Se dejaría caer y sacaría al mismo tiempo el «Colt». Un buen tiro podría inutilizar la caja del rifle en cuanto ella se acercara un poco más. Quería estar seguro de que lo lograría sin causarle a la chica el menor rasguño. Luego, se las arreglaría para amansarla.

Se encorvó sin ceder terreno.

—¿Estás loco, Tony? —gimió—. ¿No ves que quiere acabar con nosotros? ¡Debe tener abollada la linda cacerola!

La muchacha apretó los labios y sonrió con satisfacción.

—¡Muy bien! —rezongó—. ¡Ahí tienen…!

Tony soltó un respingo.

—¿Va a tirar a sangre fría?

—¿Sabe una cosa, bribón de siete suelas…? ¡Sí!

Bob soltó un alarido.

—¡Me ha tocado, Tony! ¡En la espalda!

El rifle volvió a tronar.

—¡Mi pierna! —aulló Bob y se derrumbó. Estremecióse un par de veces al recibir otros tantos impactos y quedó quieto.

—¡Lo ha matado! —chilló Tony.

Se inclinó sobre su amigo y entonces ella aprovechó para hacer los dos últimos disparos al cuerpo de Tony.

La muchacha sonrió a sus anchas y desapareció por entre los árboles.

CAPÍTULO II

Tony Fair se incorporó en la orilla de la alberca con un paño de agua chorreando en las manos.

Bob Carson estaba echado sobre la hierba, con el torso desnudo y la cara hundida entre los brazos.

—¡Con cuidado, Tony! —gimió—. ¡Tengo más sal en el cuerpo que un bacalao!

Tony renqueó depositando el paño mojado en los cuartos traseros de su amigo.

—Puedes dar gracias a que los cartuchos estaban cargados con sal gruesa. Peor es el plomo.

—¡Rayos, Tony! —aulló Bob de dolor—. ¡Parece que quema! ¡Es como si tuviera fuego ardiendo!

—Deja de quejarte. ¿Cómo crees que tengo yo la pierna y las posaderas? Desde que era chico no había recibido un tiro de sal. Y puedo asegurarte una cosa. ¡No me ha gustado nada!

Dicho esto, Tony se entreabrió el cinturón y se arrojó otro trapo en la parte posterior.

Sentóse en el suelo dejando escapar un gemido y sacó los útiles para liar un cigarrillo.

Bob tomó una manzana de un pequeño montón y dio un mordisco.

—Menos mal que pude recoger esto —gruñó—. Las penas con pan no son tantas… ¡Rayos! —Escupió el mordisco—. ¡Parece que estén en salmuera…! ¡También están tocadas por la sal!

—Olvida esas malditas manzanas —rezongó Tony.

—¿Ves cómo tenemos la negra, Tony? Cuando se empieza mal la semana, mal se acaba.

—Todavía tenemos trabajo en perspectiva. No está todo perdido.

—Y puedes tener por seguro que en cuanto terminemos de instalar el pararrayos de ese ex alcalde, nos largamos en seguida de estos andurriales, Tony.

Fair fumó un rato en silencio escuchando ocasionalmente los gemidos apagados de Bob cuando intentaba moverse.

Sabían que los trapos húmedos actuaban sobre la sal por absorción y no tardarían mucho tiempo en calmar el escozor.

—¿Quién será la muchacha? —pensó Tony en voz alta.

Bob escupió una maldición.

—¡No me la recuerdes!

Tony tenía la mirada perdida en el horizonte.

—¿Te diste cuenta de cómo estaba? —murmuró—. Es una mujer de las que entran pocas en el peso. ¡Algo de fantasía!

—¿Quieres callarte, Tony? ¡Lo único que vi era su maldito trabuco escupiendo sal en mis partes más blandas!

Tony se puso en pie y coceó para ver cómo le iba la pierna.

—Creo que esto ya se está pasando.

—¡Yo tengo todo el cuerpo dolorido! ¡Hecho llaga, muchacho!

Tony se dirigió a los caballos y tomando la camisa empezó a ponérsela.

—Estamos aquí un par de horas, Bob —dijo—. No podemos ir a casa del ex alcalde a la hora de la siesta. Recuerda que no hemos hecho aún una comida en serio. La carta decía: «Vengan pronto».

—Está bien —refunfuñó Bob, pero de pronto se dejó caer soltando un respingo.

—Vamos, Bob. Tómalo con calma.

Minutos más tarde consiguieron montar en las sillas y estimularon los caballos hacia la propiedad de su cliente.

El lugar en cuestión estaba al otro lado de la falda de la montaña.

Vieron desperdigados unos cuantos árboles frutales, en su mayoría raquíticos. En el centro del campo se alzaba una destartalada cabaña, apuntalada por varios sitios.

Bob soltó una interjección.

—¡Mi madre! Espero que nos hayamos equivocado.

En el rostro de Tony se retrataban idénticos temores.

—La verdad es que no me gusta un pelo todo esto. Estoy pensando si se tratará de una broma.

—En ese caso, alguien iba a llorar por sus huesos. —Bob se acarició los puños sin quitar los ojos de la casa, donde cuatro gallinas medio peladas picoteaban a la puerta.

—Vamos a preguntar si ésta es la casa de Samuel Levin —dijo Tony echando pie a tierra.

—¡Claro que lo es! —exclamó una voz cascada a pocos metros de los visitantes—. ¡Yo soy Sam Levin!

Los dos amigos volvieron las cabezas y tragaron aire con fuerza.

Un viejo se desperezaba en la hierba y empezaba a incorporarse mientras reía divertido.

Era pequeño, delgado y la ropa le caía a jirones. Un viejo pistolón le pendía del lado izquierdo.

Observó con curiosidad a los recién llegados y sus ojillos pequeños se cercioraron del aspecto que ofrecían.

—Bueno señores —dijo empezando a torcer el gesto—. Si se trata de cobrarme algún recibo o cosa parecida, vuelvan el jueves.

Tony se le acercó con los labios apretados.

—No venimos a cobrar ningún recibo, abuelo —dijo.

Sam Levin soltó una carcajada que alcanzaba los mismos registros que un saco de latas al ser removido.

—¡Infiernos de infiernos! —exclamó—. ¡Pues acaban de darme un susto! Estoy esperando cobradores desde que empieza el mes.

Tony lo examinó con los ojos entornados al tiempo que veía sus esperanzas lanzadas por la borda.

—Bien, abuelo. Usted nos escribió acerca de un pararrayos.

Levin abrió los ojillos y la boca a la par.

—¡Ustedes son los de San Antonio! ¡Los que plantan esos chismes en el tejado!

—Los mismos, Levin. ¿Será ocioso preguntar si nos ha tomado el pelo?

La arrugada cara de Levin se contrajo cambiando de dirección los pliegues de la piel.

—¡Maldición! ¿Quién ha dicho eso? ¡Les escribí y estoy dispuesto a que me instalen un animal de ésos en el tejado de mi estupenda cabaña! ¡Lo estoy necesitando desde hace bastante tiempo!

Bob se adelantó.

—Oiga, abuelito. ¿Tiene usted los dólares necesarios para

pagarnos? Tony le escribió bien claro acerca de las condiciones de pago.

Sam Levin escupió con fuerza por la esquina de la boca.

—Cien dólares —mascculló—. Los tengo, muchachos. Pueden creer que los tengo. ¿Cuándo empiezan a plantar esa varilla mágica?

Tony carraspeó.

—Verá, Levin —dijo—. Adivinamos que usted ha hecho la hormiguita para recoger esos dólares y poner su propiedad al día.

—Está hablando con los cinco sentidos, muchacho —cabeceó Levin.

—Pues bien —continuó Tony—. Nosotros acostumbramos a pedir un pequeño anticipo al empezar los trabajos. Pongamos cincuenta.

Los ojillos de Levin saltaron suspicaces de uno al otro visitante.

—Les daré veinticinco de momento —gruñó—. Tengo que ir al Banco Agrícola a sacar el resto. ¿De acuerdo?

Tony aprobó con un gesto mientras oía a Bob a sus espaldas gruñir entre dientes.

—Correremos el riesgo —dijo a media voz.

—¡Estupendo, señores! —exclamó Levin y al punto sacó una botella del bolsillo—. ¿Qué les parece si empezamos con un poco de este *whisky*?

—No acostumbramos a beber cuando trabajamos. —Tony tomó la botella y se lanzó un trago al gaznate.

—Pásala, Tony —dijo Bob—. Tengo una simiente de manzana atravesada en el gañote.

Bob rebajó un par de dedos la botella y se la dio al viejo.

Éste rió.

—Bien, señores. ¿Vamos a echar una ojeada a la toma de tierra?

Los tres hombres se pusieron en marcha hacia la casa.

Levin volvió un poco la cabeza sin dejar de andar.

—Mi amigo Spencer Ramis me escribió acerca de ustedes. Así fue como los localicé. Desde hacía tiempo buscaba yo la manera de evitar los estragos de las tormentas. Por esta parte del condado son muy frecuentes.

—¿Ha tenido algún percance? —preguntó Tony contemplando uno de los pollos que picoteaban las piedrecillas.

Levin volvió a escupir y esta vez hizo blanco en un bote de conserva vacío.

—Este invierno pasado cayó un rayo en el cobertizo. Me asó vivos un mulo de muy buen ver y una cabra. Hace dos años me destrozaron las tormentas la mayor parte de los árboles que rodeaban la casa. No saben ustedes lo que son aquí en la falda de la montaña las descargas eléctricas. Parece como si cayera fuego del cielo en compañía del agua.

Tony sonrió ligeramente en el momento que llegaban a la puerta.

—Ya voy viendo claras las cosas. Usted ha procurado ponerse a cubierto de las tormentas ahorrando desde hace tiempo.

Levin se levantó el sombrero y con la misma mano se rascó la coronilla.

—No pueden darse idea de lo que desearía que mi propiedad se convirtiera en la mejor de estos contornos. Procuro trabajar todo lo que puedo para sacarle partido a esto.

—Una dura labor —comentó Tony abarcando con la mirada la despareja plantación de árboles y las ruinas de cuadras y vallas.

—Tenga en cuenta que soy sólo para atenderlo —gruñó Levin—. He recibido buenas ofertas para comprarme todo lo que ven. ¿Pero saben una cosa?

—Ni por asomo —dijo Tony.

—Pues que no pienso vender un solo palmo de esta tierra aunque me den todo el oro del mundo.

—¿Por qué, señor Levin? —Tony alzó las cejas.

—¡Condenación! —exclamó—. No saben lo que es trabajar una propiedad durante treinta años. Aquí, donde me ven, soy el árbol más viejo que hay plantado en el huerto. Y tengo las raíces muy metidas en el suelo. Lo que les digo, señores. Tengo hablado con el juez Rufus que me entierren aquí cuando estire la pata.

—Comprendo —murmuró Tony.

Levin dio la vuelta y apuntó con un índice sarmentoso.

—¡Eh, miren! ¡Ahí tienen la toma de tierra para el pararrayos!

Tony y Bob miraron en aquella dirección.

—¡Rayos! —Galleó Bob—. ¿Cómo lo ha hecho?

Levin se esponjó de orgullo.

—¿Qué les parece? Espero que no quede pequeño…

—¿Pequeño? —Salió Tony de su asombro—. ¡Oiga, señor Levin, vamos a instalar un pararrayos! ¡Ése agujeró serviría para enterrar a dos docenas de vacas!

Levin parpadeó confuso.

—¿Quiere decir que es demasiado grande?

Tony dio unas zancadas asomándose a la esquina del enorme boquete para mirar al fondo.

—¡Señor Levin, le dijimos ocho palmos en cuadro! ¡Usted le ha dado ocho metros de largo y ancho!

Los tres hombres contemplaron en silencio la fosa.

—En cambio —continuó Tony—, es poco profundo. Tendremos que ahondar más. Necesitamos un par de metros de hondo, debido al terreno.

Tony y Bob saltaron dentro examinando con ojos de expertos la excavación hecha por Levin.

En aquel momento, el viejo miró hacia la valla y se despojó del sombrero.

—¡Buenos días, señor Welman! ¿Cómo le va el día, señor Welman?

—¡Hola, Sam! Estaba dando un paseo.

Tony se asomó por sobre el borde del agujero al mismo tiempo que Bob.

Un jinete de unos cuarenta años, fuerte complexión y rostro de facciones enérgicas, sonreía mostrando una dentadura blanca salpicada por dos fundas de oro que refulgían al ser heridas por la luz.

Iba montado sobre un caballo de fina estampa, y estrujaba las bridas con fuerza haciendo titilar el diamante del tamaño de un garbanzo sujeto al dedo medio.

El aspecto del hombre denotaba resolución y vivacidad de pensamiento. Los ojos negros de grandes pupilas tenían un brillo de vigor e inteligencia.

—Tienes visitas, ¿eh, Sam?

El anciano Levin le dio vuelta a la manga desgarrada y sonrió deformando el rostro.

—Verá, señor Welman. Son un par de especialistas que he llamado desde San Antonio.

Welman reflejó unos instantes cierto asombro y luego miró a

Levin parpadeando.

—¿Especialistas? —dijo.

—Sí, señor Welman. Van a instalarme un pararrayos.

Welman entreabrió la boca con expresión risueña.

—¿Para…? ¡Cáscaras, Sam! ¿Quieres decirme que piensas poner sobre el tejado un artefacto como en las grandes ciudades?

Sam Levin trataba de no traslucir el orgullo.

—En efecto, señor Welman —dijo—. He decidido que no me den más sustos los rayos. Ya sabe usted que me toca la peor parte cuando hay tormenta.

Welman lanzó una carcajada de sonoras resonancias.

Fue coreado por alguien y entonces Tony se dio cuenta de que lo acompañaban dos jinetes más. Tal era la personalidad del llamado Welman, que él sólo había acaparado la atención.

Los jinetes acabaron de reír cuando lo hizo Welman y lo hicieron con tal medida que Tony dedujo inmediatamente que se trataba de dos empleados a las órdenes del personaje en cuestión.

—¡Vaya, Sam! —continuó Welman—. ¡Por lo que veo piensas convertir esto en un pequeño palacio!

Levin se subió los pantalones.

—Se hace lo que se puede.

—¡Bien, bien, Sam! —sonrió Welman. Luego trasladó la mirada hacia los dos hombres que se asomaban por el agujero—. Creo que es un poco grande para enterrar el extremo del cable, ¿no crees, Sam?

—Precisamente, nos pilló usted hablando de eso. Pero ya lo hemos resuelto.

Welman comenzó a poner en marcha el caballo.

—¡Enhorabuena, Sam! —dijo a modo de despedida—. Espero que todo vaya bien.

Levin carraspeó y gritó para hacerse oír por encima de los cascos de las cabalgaduras.

—¡Señor Welman!

El jinete se volvió a medias sin frenar la montura.

—Dime, Sam.

—¡Gracias por la botella de *whisky* y el cigarro que me envió!

—¡Vuelve a darme las gracias por eso y te retuerzo el pescuezo, Sam! —rió Welman poniendo el caballo al trote.

Sam Levin sacudió la cabeza con las pupilas brillantes de admiración.

—Es un buen tipo este Welman —dijo.

Tony y Bob salieron del hoyo.

—¿Qué le parece si comemos algo, abuelo? —sugirió Bob.

Levin salió de su abstracción.

—Bien, mataremos un par de pollos. ¿Es buena idea?

—¡Sensacional! —Se relamió Bob.

Tony echó a andar hacia la casa sin quitar la mirada de los jinetes que se perdían en la lejanía.

—Se ve que el personaje es importante, ¿eh, Levin?

Levin se enjuagó la boca y soltó un escupitajo.

—Sí, señores. Héctor Welman es un hombre con un corazón de oro.

CAPÍTULO III

Héctor Welman apuntó con el «Colt» a la barriga del hombre rubio y rugió presa de todas las furias.

—¡Maldito puerco! ¡Te voy a llenar de plomo los intestinos! ¿Lo oyes? ¡Te voy a coser de arriba abajo…!

—¡Cálmese, patrón! —exclamó el tipo, y pegó las espaldas contra un armario al retroceder—. ¡Yo se lo explicaré todo!

—¡No tienes nada que explicarme, cerdo!

Welman avanzó hacia el pequeñajo, oprimiendo el revólver hasta que los nudillos se le blanquearon.

—¡Verá, patrón…!

—¡Te mandé que vigilaras los movimientos de los rancheros de alrededor! ¡Tu obligación era tener los ojos bien abiertos y comunicarme si alguien hacía agujeros en la tierra…!

El rubio miró el cañón del revólver como si fuera un ojo hipnótico.

—¡Señor Welman! —gimió—. ¡No he dejado de husmear en todas las propiedades! ¡No sé cómo ha podido escapárseme ese agujero de Sam Levin!

—¡Yo te lo diré, condenado! —aulló Welman con las pupilas centelleantes de ira—. ¡Los chicos me han contado que te pasabas las horas muertas arrastrándole el ala a Katy, la mestiza! ¡Eso es lo que hacías, bastardo!

—¡No haga caso de las malas lenguas, patrón! ¡Le juro que he trabajado de lo lindo! ¡Tengo los huesos molidos de bailar sobre la silla del caballo! ¡El agujero que ha hecho Sam Levin debe ser muy pequeño para que se me haya escapado!

Welman hizo rechinar los dientes de modo escalofriante.

—¡Maldito hijo de perra! —masculló—. ¡Si han sacado dos

toneladas de tierra! ¡Ahora veo que no has dado golpe…!

—¡Se me pasó, jefe! ¡Le juro que se me pasó!

—De acuerdo, Peter —sonrió Héctor Welman con desagrado—. ¡Ya verás cómo no se te pasa nada de ahora en adelante!

Amartilló el arma y aquel movimiento arrancó de la garganta de Peter un gemido de terror.

—¡No me mate, patrón! ¡Verá cómo me despabilo a partir de ahora!

Welman hizo fuego un par de veces.

Peter desorbitó los ojos al sentir el plomo en sus entrañas.

—¡Jefe! ¿Qué ha hecho? ¡Me ha matado…!

—¡Aún no! —rugió Welman y tiró dos veces más llenando el despacho de ensordecedor ruido.

Peter se aplastó contra el armario impulsado por los proyectiles y al caer como un fardo en el suelo, dejó una mancha de sangre en la puerta del mueble.

Alguien rió brevemente detrás de Welman y éste volvió instintivamente el arma.

—¿De qué te ríes tú, Bronco?

El individuo llamado Bronco cerró la puerta a sus espaldas y la luz de la ventana hizo brillar su cabello rubio y revuelto.

Frisaría en los treinta y tantos años, era delgado, de anchos hombros, y rostro anguloso y sombrío. Sus ojos eran azules y claros, de pupilas fijas y contemplativas.

—Señor Welman —dijo—. Como se las gaste así voy a tener que reclutar nuevos hombres a toda prisa.

—¡Condenación, Bronco! —dijo—. Debería hacerte responsable de esto. Tú eres el capataz y debes caer en lo que yo no caigo.

Bronco continuó sonriendo. Conocía a fondo al patrón y sabía cómo manejarlo. Después de una de aquellas explosiones de ira era maleable como un trozo de plomo. Ellos dos se entendían a las mil maravillas desde hacía años.

—Ha hecho bien en liquidar a ese inútil de Peter —escupió desdeñosamente Bronco hacia el cadáver—. Quiero que comprenda el sentido de mis palabras.

Welman se dejó caer en el cómodo sillón oscilante que tenía tras el escritorio.

—Siéntate, hijo —gruñó y sacó un veguero al que pegó fuego.

Iba a continuar cuando dos golpes en la puerta solicitaron la entrada y Bronco la concedió con un gruñido cuando sacó la bolsa de tabaco y el papel.

Un tipo regordete, cojo, entró haciendo sonar su pata de palo.

Bronco le hizo un gesto y el tipo de la pata de palo sacó el cadáver y dejó en condiciones el despacho.

—Bien, señor Welman —dijo Bronco—. Supongo que este revuelo es porque Sam Levin tiene un agujero en el huerto, ¿no es eso?

—¡Y dos tipos de San Antonio están cavando allí! —interrumpió Welman—. ¿No te dice nada todo eso?

—Sí, señor Welman. He oído decir que van a instalar un pararrayos. ¿No tiene gracia? —Bronco dejó escapar una cómica carcajada.

Welman lo contempló ceñudo.

—Te da risa, ¿eh? —De pronto estalló—: ¿Y qué me dices si de pronto se encuentra con que sale petróleo de la tierra? ¡Anda, ríete a gusto, Bronco! ¿Sabes dónde irían a parar nuestros planes? ¡Tú sabes lo que pasará si alguien encuentra de repente ese barro grasiento que tenemos en la cuenca del valle! ¡Juzga por ti mismo! ¿Qué cara pusiste aquel día que nos ensuciamos los dedos en el agujero que abrió Gilbert?

Bronco entornó los ojos y dejó escapar un chorro de humo.

—Pobre Gilbert. —De pronto levantó la mirada hacia su jefe—. Ahora usted y yo somos los únicos que sabemos que hay petróleo en estas tierras y puede jugarse el cuello a que todo el que se entere correrá la suerte del pobre Gilbert. ¡Yo me encargo de eso! ¿Se entera, jefe?

—¡No me grites! —rezongó Welman.

Los ojos azules de Bronco se contrajeron y luego se dilataron.

—Muy bien, señor Welman —replicó—. Usted me dejó la iniciativa en el asunto y puede estar bien seguro de que no me he dormido ni una sola hora. Desde aquel memento no he perdido de vista a los propietarios de este lado del valle. He vigilado todos sus movimientos y sé lo que hacen las veinticuatro horas del día. He hecho otras cosas distintas a emplear en la misión a un papanatas como era Peter. Incluso tengo un par de hombres apostados en la oficina de denuncia de minas por si aparece algún tipo con el

cuento.

—Siempre te he admirado, Bronco —murmuró Welman.

—Entretanto, señor Welman —prosiguió Bronco impermeable a los halagos de su jefe—, espero que usted se decida a empezar a comprar propiedades de la cuenca del valle que es donde está la tajada.

—Tenemos que asegurarnos primero que el barro grasiento sirve para llenar algo más que una lámpara de mano.

Bronco miró a través de los cristales de la ventana y el reflejo convirtió sus pupilas en dos profundos pequeños lagos azules.

—¿Se acuerda de aquel par de tipos que pertenecieron a la banda de Rocco Pellman?

—Sí.

—Pues esos dos fulanos tienen cierta práctica en marcar pozos de agua y petrolíferos con una simple varita que pasan por encima de la tierra.

Welman torció la boca.

—Creo que eso se llama radiestesia. Aunque me parece que no lo pronuncio bien.

—Llámese como diablos sea —dijo Bronco—. Lo bueno es que ese par de tipos me indicaron, en la parte del valle que usted y yo examinamos, la presencia de yacimientos petrolíferos. ¿Se va percatando, señor Welman?

Welman se levantó bruscamente y empezó a pasear de un lado a otro.

—¡Eso quiere decir que en el momento menos pensado, Sam Levin o cualquiera de los otros dos que tienen las tierras de la cuenca harán saltar la liebre!

—De momento lo mejor será que nadie haga agujeros —apaciguó Bronco—. ¿No cree?

—¡Hemos de impedirlo por todos los medios! —gritó Héctor Welman—. ¡Ya arreglaré yo a ese pordiosero de Sam Levin!

—Tratemos de conservar la calma, señor Welman. Tengo el agujero de Levin en vigilancia desde hace un par de días. Hoy la pareja de tipos se está encargando de preparar las cosas para el pararrayos, pero nos encargaremos de que se larguen cuantos antes.

—¡Mandaré a alguien que se los cargue ahora mismo!

Bronco carraspeó.

—Le sugiero que hagamos las cosas de modo que no se nos vea el rabo, señor Welman.

—¿Qué idea te baila en la cabeza? —dijo.

—Lo mejor será soliviantar a la gente del pueblo. Por las noticias que acabo de recibir la cosa se ha comentado bastante. Todos tienen curiosidad por ver el pararrayos de Levin.

—Hijo, ve al grano.

Bronco alzó las cejas pensativo.

—Intentaremos que alguien provoque a los dos forasteros y les largue una buena paliza. —Bronco se puso en pie—. En fin, señor Welman. Esto es cosa mía. Voy a dar órdenes. Usted estudie la cosa de las compras.

—En lo que toca al viejo Levin, es un hueso duro para que venda así por las buenas. Le tiene apego a la tierra.

—En ese caso —dijo Bronco—. Puede que tengamos que colgarlo del pararrayos.

Los dos hombres se miraron y de pronto prorrumpieron en estruendosas carcajadas.

Capítulo IV

Tony y Bob sudaban de firme, con los torsos desnudos, en la tarea de reducir la plancha que se atornillaría al cable del pararrayos.

Sam Levin, les ayudaba en la tarea de abrir agujeros en la pared de madera donde tenían que afirmarse los aisladores.

Bob se incorporó con un pañuelo en la mano y procedió a enjugarse el sudor que le caía desde la frente a la barbilla produciéndole un cosquilleo.

De súbito sonó un disparo y la bala le arrancó el pañuelo de entre los dedos.

—¡Tony! —aulló Bob y se lanzó de cabeza al agujero abierto en la tierra.

Tony asomóse con precaución y vio a un grupo de una docena de hombres delante mismo de la valla.

Iban capitaneados por un viejo encorvado, quien llevaría quince años a Sam, y que se apoyaba en un bastón.

Levin salió de detrás de la cabaña con la ira pintada en el rostro y el viejo pistolón en la diestra.

—¿Qué infiernos significa este asalto, Archie?

El anciano Archie levantó el rústico bastón y lo enarboló por encima de la cabeza.

—¡Debías de caerte muerto en el acto, Sam! —gritó y de pronto se interrumpió por un golpe de tos del catarro crónico—. ¿Qué endiablada idea se te ha ocurrido? ¿Es que has perdido la cabeza?

Sam apoyó los puños en las escurridas caderas.

—¿Te refieres al pararrayos? —Gruñó.

—¡Sí, hijo de perdición! —amonestó Archie—. ¡Nunca creí que serías capaz de hacer una cosa así!

—¡Eh, Archie! —protestó Sam—. ¿Qué tiene de malo?

—¡Eso es un invento del diablo!

Sam torció la cara de sorpresa.

—¡Archie! ¿Qué te pasa en la calabaza?

—¡Esa varilla que piensas levantar sobre tu morada es un desafío al cielo! ¿Cómo pretendes detener el fuego del más allá con una simple varilla? ¡Lo que te digo, Sam! ¡Has caído en un delito de brujería!

Dos tipos fornidos se destacaron dejando en segundo término al agorero Archie.

—Oye, Sam —torció la cabeza el de la derecha y le cayó una melena roja sobre la oreja—. Todos nos hacemos lenguas de que se te haya ocurrido esa idea. ¿Sabes lo que pienso?

—Apuesto a que es una tontería. Tienes fama, Ned.

—¡Pues que te han tomado el pelo ese par de sacadineros! ¡Eso es, Sam! ¡Te han engatusado y piensan sacarte los cuartos con esa varilla de hojalata!

—¡Quiero impedir los rayos, Ned! —Endureció Sam el rostro—. ¡Y puedes meterte en esa roja cabeza que puedo hacer lo que me dé la gana en mi casa! ¡Díselo a los demás por si hacía viento y no lo oían!

—¡Estás embrujado, Sam! —El abuelo Archie movió un dedo sentencioso entre los hombros de los dos tipos recios.

Ned gruñó por un costado de la boca.

—Déjeme esto a mí, abuelo. Lo que pasa es que Sam ha sido engañado como un chino por los dos vivales.

—¡Pues vamos a dedicarnos a ellos! —saltó de pronto el compañero del pelirrojo—. ¡Lo mejor será que les demos una buena zurra y les saquemos la plata que le han escurrido al pobre Sam!

Bob lanzó un respingo en el agujero.

—¿Estás oyendo, Tony? ¡La tormenta que se nos viene encima se ríe de todos nuestros pararrayos!

—Serénate, Bob —dijo Tony y salió del agujero con un ágil salto.

—¡Menuda pinta de vivales tiene este tipo! —Dio un codazo Ned al que estaba a su lado.

—¿Qué ocurre, señores? —Tony se aproximó a la valla.

Ned, el pelirrojo, le salió al encuentro con los pulgares metidos en el cinturón.

—Oiga, amigo —sonrió con una fea mueca—. Usted, por lo visto, se ha creído que en Dougland nos estamos chupando el dedo, ¿eh?

—Creo que el señor Levin ha hablado con bastante claridad. Dijo algo de que se marcharan con viento fresco.

—Conque esas tenemos, ¿eh? —Ned se hurgó la oreja—. Mire, tipo avispado, conocemos bastante a Sam y, por lo bobo que lo tienen, apuesto a que le han hecho el artículo sin saber negarse. ¿Pero sabe una cosa?

—¿El qué?

—Aquí tiene un grupo de buenos amigos que van a abrirle los ojos.

—Bien —replicó Tony—. Pueden empezar. El señor Levin sabe lo que le conviene.

Ned afloró a su deformado rostro una sonrisa jactanciosa.

—Sí, tipo vivo. Pero vamos a empezar por ustedes. Los vamos a tirar por encima de la valla y luego no les dejaremos parar hasta que estén en San Celestino.

Bob se acercó a su amigo.

—¿Ustedes y cuántos más?

Ned se volvió hacia el auditorio.

—¡Eh, muchachos! ¡Aquí tenéis el gordo de la pareja!

Bob enseñó los dientes.

—¿A quién le llama usted gordo, cabeza de remolacha?

—¡A ti! —exclamó el compañero de Ned que era de la misma talla que Bob—. ¡Y por si tienes duda, voy a tantearte la grasa!

Soltó un derechazo al vientre de Bob, pero éste lo paró con facilidad y replicó con un gancho que hizo perder tierra al agresor.

Éste fue a caer entre el grupo abriendo una brecha y luego dio varias vueltas quedando quieto.

—¡Lo ha matado! —aulló Ned echando mano al revólver.

—¡No haga eso! —gritó Tony cuando Ned buscaba la humanidad de Bob para hincarle un plomo.

Ned apretó el gatillo, pero en el mismo instante, Tony movió un poco la mano y de entre sus dedos brotó una llamarada.

El pelirrojo lanzó un alarido y soltó el revólver como si fuera un escorpión.

Tony quedó con el «Colt» humeante en la mano y no se dio prisa

en enfundarlo.

Un largo silencio se produjo entre los dos bandos.

Ned miró con los ojos desorbitados el despellejo causado por el proyectil y abrió la boca hecho una furia.

—¡Condenado me vea, si no te hago pagar esto! ¡Y tú, gordo, también recibirás tu parte!

Los dos amigos le sonrieron beatíficamente.

El grupo se fue disgregando, mientras empezaban a producirse comentarios contradictorios.

Bob se enjugó el sudor que le perlaba la frente y echó a andar hacia la cabaña, tras Tony.

El viejo Sam los vio acercarse hecho una pieza.

—¡Infiernos, muchachos! —exclamó con jolgorio—. ¡Les han dado una buena réplica! ¿Cómo pudo hacer eso con el revólver, Fair?

Tony acabó de enfundar el arma.

—Simple juego de músculos —replicó—. Pero espero que no tengamos más contiendas por el pararrayos.

Bob se inclinó sobre Sam.

—Sí, abuelo —gruñó—. No crea que por cien dólares vamos a ponernos de punta con todo el pueblo. Ahora que las cosas están más calmadas… Rayos, ¿he dicho calmadas, Tony…? Bien, Levin, ¡trate de apaciguar los ánimos! ¡Nosotros nos limitaremos a plantar el pararrayos! ¿De acuerdo?

Sam los miró con simpatía.

—Creo que lo que ustedes necesitan es un buen trago. ¿Hace?

—¿Que si hace? —exclamó Bob—. ¡Desde que ese tipo de la cabellera roja me apuntó con el revólver, tengo cortado el resuello…!

Tony subió los peldaños de la casa.

—Vamos a por ese trago, Levin. Todavía tenemos trabajo.

Bob lanzó un gemido.

—¡Tony, no pretenderás que yo vuelva a meterme en ese agujero! ¡Por hoy tenemos bastante! Todavía no me deja el escozor de aquellas descargas de sal.

Tony se dio la vuelta en la entrada, mientras el viejo Levin acudía por la botella de *whisky*.

—Interrumpiremos aquí la labor, pero se hace necesario ir al

almacén del pueblo por algunos accesorios.

—¿Al pueblo ahora, Tony? ¿Por qué no dejamos que se calmen un poco los ánimos? ¡Ya ves lo que acaba de pasar!

Tony consultó una lista que sacó del bolsillo.

—Quiero tener a punto mañana todo lo que nos hace falta. Mientras tuviste aquel enredo con Celestina, estuve echando una ojeada a los materiales del almacén.

Levin salió empuñando una botella.

—Si piensan marcharse ahora, lo mejor es que echen un buen trago. Y de paso, del almacén de Pearcy se traen un par de botellas más.

—Incluiré eso en la lista —anotó Tony cejijunto—. Como parte del pararrayos.

Levin soltó una risa cascada.

—¡Y tengan por seguro que también es efectivo para capear las tormentas!

Agotaron el frasco en un reparto equitativo, y luego, Tony y Bob pasaron al cobertizo trasero para ducharse.

Sam Levin se dedicó a cubrir el agujero con unas ramas, por si llovía, y luego acudió a atender los caballos de los dos hombres mientras éstos canturreaban bajo la ducha.

El viejo, en una de las idas y venidas, percibió el chasquido de un rifle al ser cargado y se volvió en redondo con la alarma pintada en el rostro.

—¡Infierno! ¡Qué susto me has dado, muchacha!

La joven del campo de manzanas cruzó la valla con actitud belicosa.

—¡Sam! ¿Es cierto eso de que vas a plantar un pararrayos en el tejado? ¡Dímelo!

Sam extendió las palmas de las manos hacia adelante.

—¡Te pagaré lo que te debo, Doris! —exclamó.

—¿Conque para eso querías los cincuenta dólares que te presté? ¡Si no fuera porque puedes ser mi padre…!

—¡Doris, te juro que estaba en las últimas! ¡Pasado mañana venderé la fruta y podré liquidar con todo el mundo!…

Doris se plantó delante del viejo y apoyóse en el cañón del arma a modo de bastón.

—¿Quién te ha engañado, Sam? —dijo entre dientes—. ¡Te

aseguro que haré que te devuelvan hasta el último centavo! ¡Puedes estar seguro!

—¿A quién te refieres? —Parpadeó Sam.

—¿A quién va a ser? —exclamó la joven indignada—. ¡Al sacadinero que te ha embaucado con ese chisme de los rayos! ¡Menudo sinvergüenza debe ser el fulano! ¡La gente no sabe qué inventar con tal de no doblar el lomo!

—¡Son personas serias, Doris! Es injusto que hables así.

Doris sonrió aviesamente, escuchando los canturreos que procedían de las duchas.

—Me gustaría conocerlos, Sam. ¿Oyes qué buen humor tienen? Se ve que saborean por anticipado la juerga que van a darse con el dinero que te han sacado.

—La verdad es que no les he dado mucho —carraspeó Sam.

—Y por lo que me acaban de contar —prosiguió la joven—, se ve que están acostumbrados a los barullos. No se arredraron ante la comisión de vecinos de Dougland.

—Llevaron bien la cosa —comentó Sam Levin deseando que la joven regresara a la galera.

—¡Para que veas que son gente que vive a salto de mata!

En aquel momento apareció Tony silbando alegremente.

Doris abrió los ojos de par en par.

—¿Qué es lo que estoy viendo? —gritó apuntando al joven con el dedo.

Tony se paró en seco al fijarse en la joven y silbó hacia dentro.

—¡La chica de las manzanas! —exclamó.

Levin miró alternativamente a los dos jóvenes y soltó una carcajada palmeándose el abdomen.

—¡De modo que os conocíais! ¡Ésta sí que es buena!

—¡Sam! —chilló Doris—. ¡Esos dos tipos son un par de bergantes! ¡Dos timadores sin suerte que no tienen dónde caerse muertos!

Tony observó el rifle de la chica con aprensión.

—Oiga, preciosa. ¿No ha tenido bastante con convertirnos en salmuera? ¿Qué pretende ahora? ¿Desacreditarnos ante el cliente?

—Debí relacionar a los tipos que me limpiaban las manzanas con ustedes. —Doris apretó los labios—. De modo que alternan los timos con el saqueo. ¡Me robaban la fruta, Sam!

—¡Sólo tomamos un par de manzanas llenas de gusanos!

—¿Quién dice que mis manzanas están agusanadas? —Esgrimió Doris el rifle—. ¡Proveo a todo el estado con mis manzanas!

—¡Puaf! —Hizo Tony.

Bob asomó la cabeza por la ducha y lanzó un grito tembloroso.

—¡No dejes que se acerque, Tony!

Doris ladeó la cabeza hacia Sam Levin.

—Pillé a este vivales y a su socio pelándome un árbol. ¿Te das cuenta?

—Yo, paso —dijo Levin.

—Pero les di una buena sorpresa —siguió Doris—. ¡Estoy segura de que darán un rodeo de diez millas antes de acercarse a mis manzanos!

—¡Con toda seguridad! —exclamó Tony dignamente—. ¡No volveré a pisar aquel apestoso lugar!

—¿Quién es el apestoso? —Doris accionó la palanca del rifle.

Tony retrocedió un par de pasos y señaló el arma.

—Oiga, ricura. ¿No puede dejar quieto el salero?

—¡Cuando cierre el pico de una vez! —dijo Doris desafiante.

El viejo Levin chasqueó la lengua varias veces.

—Vamos, muchachos, ¿por qué no entierran el hacha de guerra?

—Todavía no me considero en paz con estos sacacuartos, Sam. ¡Debes exigirles que te devuelvan el dinero y te dejen en paz!

Sam rascóse la pelambrera mirando a los dos jóvenes por turno.

—Bueno, Doris —dijo—. Yo esperaría a que finalizaran el trabajo. Hasta entonces no les pagaré todo. Es razonable, ¿eh?

Doris dibujó una sonrisa maligna.

—Estoy pensando que esperar será más divertido. Me estoy relamiendo de pensar lo que ocurrirá cuando la gente se reorganice y en vez de una comisión, venga medio pueblo a sacarlos a empujones. ¿Sabes por dónde voy, Sam?

—Infiernos —gruñó Levin—. No nombres las cosas malas en voz alta. Tengo esperanzas de que el viejo Archie deje de excitar los ánimos. No me gustaría ver convertido esto en un campo de batalla.

—Di mejor que en un matadero —sonrió la joven al ver las expresiones cambiantes de Tony—. Cuando pasaron por delante de mi casa, hablaban algo acerca de una soga.

—Eh, nena —protestó Tony—. ¿También quiere nuestra sangre?

¡Usted no se sacia nunca!

Ella se separó de Levin.

—Ya nos veremos, Sam —dijo—. Y en cuanto a usted y a su socio, espero contemplar sus desperdicios esparcidos por el valle a la próxima ocasión.

—¡Tony! —exclamó Bob dejando ver solo la cabeza—. ¡No permitas que se vaya así por las buenas!

¡Recuerda lo que nos hizo!

Tony la siguió con los brazos arqueados mientras ella retrocedía con las pupilas llenas de inquietud.

—Sería bueno darle unos azotes.

—¡No se atreverá! —gritó Doris sopesando el arma—. ¡Todavía puedo espolvorearlo otra vez!

—¡Tony, retuércele el pescuezo a esa muñeca! —gritó Bob—. ¡Pero antes, quítale el rifle del infierno!

En eso, Sam soltó un graznido.

—¡Cuidado con el hoyo!

Doris pisó las ramas secas y de pronto se hundió en el suelo pegando un chillido.

—¡Ahora es nuestra! —rió Bob triunfalmente saliendo vestido de la ducha.

Tony se acercó prestamente y asomóse al hoyo.

Doris estaba sentada allí dentro, más sorprendida que asustada.

—¿Se ha lastimado? —preguntó Tony.

—¡Y a usted qué le importa! ¡Sáqueme de aquí ahora mismo!

Bob soltó una carcajada.

—¡Ahora llenaremos el agujero de tierra y le dejaremos solo la cabeza fuera! ¡Será sensacional!

Doris chilló con fuerza.

—¡Atrévase!

Tony dio un gruñido alargando una mano.

—Está bien, ande salga de ahí. Pero que conste que se merece lo que dice Bob.

Tony la pescó y usó los dos brazos para sacarla fuera.

El y ella quedaron muy juntos, uno contra el otro sujetándose cuando va no hacía ninguna falta.

Tony recibió la tibieza del cuerpo de ella y el suave olor de manzanas que emanaba, y los dedos gordos de los pies se le

movieron inquietos dentro de las botas.

—¡Suélteme! —se desprendió Doris bruscamente.

El joven permaneció con los ojos cerrados, y la sacudida lo hizo caer en el agujero.

Bob vio cómo la muchacha recogía el rifle y se guareció detrás de un árbol a toda prisa.

Doris apretó los labios. Fue hacia la galera y montó en el pescante.

Tony y Bob asomaron las cabezas desde los respectivos escondrijos.

Sonó un estampido y una ráfaga de sal cruzó la atmósfera amenazante.

Los tres hombres se agazaparon y cuando el vehículo partió, Sam entró en la casa retorciéndose de risa.

CAPÍTULO V

Ned Chambers cruzó la calle principal de Dougland con la roja cabellera alborotada y abrió violentamente la puerta de la oficina del *sheriff*.

—¡*Sheriff* Busch! —gritó—. ¡Están ahí!

Busch dejó de lustrarse las botas y tiró el cepillo en el cajón.

—¿Quiénes diablos están?

—¡Los tipos del pararrayos! ¡En el almacén de Percy! ¡Y acaban de hacer unas compras tan campantes!

—¿Es que no han pagado?

Chambers se inclinó sobre el escritorio.

—¡Maldición, *sheriff*! ¡Usted no quiere entenderme! ¿Vamos a permitir que hagan burla de pasearse por la calle principal como si nada?

—¡Quiero la paz en Dougland, Ned! —rugió Busch.

—¡Entonces lo mejor será que los vapuleemos de una vez y los arrojemos del pueblo! ¡Nadie puede calmar los ánimos desde lo sucedido en el huerto de Sam Levin!

—¡Vosotros os lo buscasteis, condenación! ¡Y toda la culpa la tiene ese esperpento de Archie Nugges!

Ned se acarició la mano lastimada por la rozadura de bala y palmeó la mesa con fuerza.

—¡Esos tipos se han propuesto encender la sangre al más tranquilo, *sheriff*! ¡El más gordo de los dos, creo que se llama Bob, salió del almacén con un tubo largo y le sacó brillo en la misma acera! ¡Son dos fanfarrones de primera marca!

—No, Ned —resolló el *sheriff*—. Lo que ocurre es que vosotros siempre estáis al acecho para emprenderla con el primer forastero que no está dispuesto a lameros la bota. ¡Eso es lo que pasa!

Ned y el *sheriff* mantuvieron los rostros en actitud de reto a pocas pulgadas uno del otro.

Ned deformó el semblante en una sonrisa cargada de malicia.

—No, *sheriff* —dijo—. Lo que ocurre es que usted está muy blando desde que le arrastra el ala a la viuda de Mortimer. Sí, son las curvas poderosas de la cuarentona.

Busch pego tan fuerte puñetazo sobre la mesa que se lastimó la mano.

—¡Infiernos! —aulló—. ¡Más respeto para esa señora! ¿Es que quieres que te cosa la boca?

Ned se dirigió hacia la puerta satisfecho de haber puesto el dedo en la llaga.

—Bien, *sheriff*. Ya he visto que se ha lustrado las betas como un colegial. ¡Vaya a lo suyo, pero no se meta en lo nuestro! Si asoma la cabeza por el almacén sabrá de una vez quién es Ned Chambers.

Chambers salió a la calle dando un fuerte portazo antes de que el representante de la ley diera el estallido en un acceso de furia.

Se puso al frente de una docena de hombres silenciosos que le esperaban frente a la comisaría y dijo por un lado de la boca:

—Vamos por la pareja, muchachos.

Llegaron a las puertas del almacén de Percy y entraron en tropel.

Bob bebía en aquel momento un trago de licor y lo escupió con fuerza a la vista de los que habían irrumpido en el local.

—¡Tormenta, Tony! —dijo a su compañero.

Tony se mojó con saliva la picadura de un mosquito y se dio vuelta. Lo que vio le hizo soltar un respingo.

El grupo capitaneado por Ned avanzó hacia ellos con claros propósitos.

—Vamos, Bob —dijo Tony tomando tres varillas atadas con hilo —. Volveremos mañana por esos tornillos.

Cuando se apartaron de la barra se oyó el rugido de Ned.

—¡Vosotros no vais a salir de aquí enteros!

Tony se paró en seco y apoyó las varillas en el suelo.

—Todavía os habéis olvidado de comprar algo —dijo entre dientes.

—Ujú —hizo Tony—. Bob habló de comprar unos calcetines verdes.

—¿Sí? —Gruñó Ned que empezaba a descomponerse de rabia—. ¡Y también un par de cabezas de repuesto!

Bob se movió impaciente y dijo por encima del hombro de su compañero.

—Mira, Rojo. En San Antonio un tipo se puso así de pesado y le di una que todavía está haciendo esfuerzos por salir de la pared en donde quedó incrustado.

—¡Ciérrale la boca, Ned! —Ladró un bizco del grupo.

Ned se volvió un instante y entonces, Tony empujó a Bob hacia la puerta trasera.

—¡Se largan! —aulló el bizco y todos avanzaron hacia los instaladores del pararrayos.

Tony y Bob retrocedieron vivamente ante la avalancha humana y cuando toparon con las espaldas en la pared, se escudaron tras una estufa nueva que valía diez dólares.

Tony esgrimió las varillas y al embestir los primeros, las dejó caer abatiendo tres cabezas de un solo golpe.

Bob hizo funcionar los puños en todas direcciones.

Tony se deshizo de Ned aplicándole un gancho a la barbilla y volvióse en redondo enarbolando el varillaje. Lo dejó caer y limpió a Bob de un par de contendientes con lo que el hombrón se despejó un poco y aporreó con fuerza a un individuo de puños como mazas.

Bob logró conectar un derechazo sensacional en el mentón del forzudo y éste, después de abrir un claro en las líneas, salió disparado sin control hacia la sección de ferretería donde abatió una pila de palanganas, de a dos dólares, armando un estrépito espantoso.

Tony arqueó con la izquierda a un zanquilargo de anchos hombros y a renglón seguido pinchó con la punta del pararrayos en las posaderas a un sujeto que martilleaba la cara de Bob.

La estantería de cafeteras, junto a la cual luchaban, se desmoronó aumentando la confusión y, a partir de aquel momento, pareció que un terremoto sacudía el almacén general de Percy.

Tony vio las cosas mal y tumbó una cuba de melaza por el suelo y los contendientes empezaron a rebozarse en la espesa y dulzona pasta.

Bob se defendía de los ataques de tres sujetos que esgrimían pesadas chimeneas de metal, con una manejable estufa de hierro

colorado.

De pronto en la puerta sonaron varios disparos y todo el mundo quedó con los objetos contundentes en el aire.

Tres individuos contemplaban la escena desde la puerta. En sus rostros había magulladuras.

El del centro empuñaba el revólver humeante, y sus dos compinches estaban prestos a disparar.

Bob se desprendió de la pasta que le cubría el ojo izquierdo y cuchicheó a Tony.

—¡Son los parientes pobres de Celestina! —gimió—. ¡Infiernos Tony, hoy todo se nos junta!

El tipo alto del centro hizo una mueca y anunció a los circunstantes:

—Algunos de ustedes ya nos conocen a través de nuestra mascota Celestina. Lo siento, pero ése es nuestro trabajo. Hoy lo hacemos aquí y mañana allá.

Un tipo que había perdido los pantalones en la lucha y se cubría con una falda de volantes, marcada con una etiqueta de ocho dólares, exclamó:

—¡Son los asaltantes de estos días! ¡A mí me limpiaron cincuenta pavos!

—¡Cierre el pico! —conminó el que dirigía el trío.

Restablecido el silencio continuó:

—Bien, todo nos salió a las mil maravillas, menos con esa pareja que está ahí. Antes de marcharnos vamos a ajustar cuentas.

Tony apoyó el pie sobre la regadera.

—¿Por qué no va al grano, pichón?

El tipo alto apretó el revólver con fuerza.

—¡Nadie le ha pegado a Rich Loriman que no esté criando margaritas!

—Odio las margaritas —dijo Tony.

—Sin embargo, las criará muy lozanas embadurnado con esa melaza —replicó el asaltante—. ¿Está ya dispuesto a morir?

El maltrecho rostro de Ned se animó con una sonrisa sesgada.

Bob tragó saliva a la vista de los revólveres.

—¡Tony! —susurró—. ¡Inventa algo o esto es el fin!

—¿Qué rezonga el gordo? —quiso saber el asaltante.

Tony apoyó la diestra en el revólver.

—Dice que usted es un puerco de los que ganarían un concurso en una feria.

Rich Loriman hizo resaltar los músculos de la cara.

—¡Pues el primer plomo será para él! —gritó apretando el gatillo.

Sonó el estampido, pero la bala brotó del «Colt» de Tony perforando el cráneo de Rich Loriman.

Los dos compañeros de éste hicieron fuego al mismo tiempo, pero Tony dio una cabriola en el aire y desde allí lanzó dos plomos más que astillaron las muñecas de los forajidos.

Los tipos soltaron los revólveres y se quedaron fascinados mirando sus agujeros.

La puerta se abrió de pronto y asomó la rubia Celestina.

Al ver al muerto y a los heridos, lanzó un alarido y huyó hacia la calle.

El tipo de la falda de volantes rugió furiosamente.

—¡A por ella, muchachos! ¡Casi todos los que estamos aquí hemos sido perjudicados!

Los que habían combatido con Tony y Bob se lanzaron hacia la puerta y corrieron en pos de la rubia.

Tony y Bob vieron entrar al *sheriff* quien los miró con los párpados entornados.

—Supongo que después de todo esto, se irán.

—Puede darnos las gracias, *sheriff* —replicó—. Sin proponérmelo, le estoy limpiando el pueblo de gentuza.

Busch arrugó los labios.

—Sí —rezongó—. Tengo que darle las gracias por haber desmontado esta pequeña banda de asaltantes, pero preferiría tener en Dougland a Billy *el Niño* antes que tenerlos a ustedes un par de minutos más. ¡Infiernos, son peor que el vómito negro!

Tony chascó la lengua.

—Si algún día nos conoce más íntimamente, verá la bondad que se esconde en nuestros pechos.

Busch apretó los puños y cerró los ojos.

—¡Por todos los santos! —pidió—. ¡Salgan de Dougland antes de que se convierta en un pueblo fantasma!

Tony guiñó un ojo y empujó a Bob hacia la puerta.

—En cuanto levantemos el pararrayos nos verá salir. Puede

preparar las salvas para la despedida.

Busch abrió y cerró la boca varias veces, pero cuando se vio en condiciones de hablar, los dos hombres habían montado en los caballos.

Tony y Bob quedaron un momento escuchando sobre las monturas.

El murmullo de los perseguidores de Celestina se oía a lo lejos.

De pronto sonó una barahúnda triunfal.

—Ya la han atrapado, ¿oyes, Bob?

Dicho esto, se encaminaron hacia el huerto de Sam.

CAPÍTULO VI

Héctor Welman escuchaba con agrado la musiquita que desgranaba la cajita de música y al mismo tiempo aprobaba con sendos cabezazos el contoneo de Rita Morales que le servía una taza de café tan negro como sus ojos.

—¿Quieres algo más, Héctor? —sonrió la joven dejando la cafetera en la bandeja.

—Estoy esperando a Bronco, nena. —Welman sorbió un trago y la palmeó distraído.

—Es que tengo un par de chistes que te gustarán.

Héctor cerró un ojo y sonrió.

—Luego te llamaré, ¿eh?

Ella hizo un mohín y desapareció tras una cortina moviendo rítmicamente todo lo que tenía.

Héctor apretó un botón y la música cesó.

La puerta se había abierto y Bronco Grone estaba enmarcado en ella.

—¿Cómo han ido las cosas, señor Welman? —sonrió.

Héctor soltó una bocanada de aire pleno de satisfacción y mostró dos documentos que tenía sobre la mesa.

—Ya han caído dos, muchacho. Son Lex Forman y Roy Templeton.

Los azules ojos de Bronco chispearon de admiración.

—¿Cómo ha podido lograr que vendieran?

—El dinero lo puede todo, muchacho. No olvides esa máxima. Apenas les solté un buen fajo de billetes me habrían vendido su propia alma. ¡Les di cinco mil por cada propiedad!

—¿Sólo cinco mil? —rió incrédulo Bronco.

Héctor sacudió la cabeza.

—Lo valen si se tiene en cuenta que producen bastantes frutos y otras cosillas. ¡Pero valdrán miles si todo nos sale redondo!

Bronco miró hacia la lejanía.

—Bien, señor Welman —dijo—. Ahora quedan los más duros. Esa Doris Steve pedirá bastante más si se decide a vender. En cuanto a Sam Levin no habrá posibilidad de que suelte ese matorral con cuatro manzanos.

Héctor cerró un ojo significativamente.

—Con esa pareja emplearé otro sistema. Hay que tener variedad en las cosas. No puedo ir a ofrecerles igual que a los otros.

—Usted se entiende solo, señor Welman. Las cosas administrativas no tienen secretos para usted.

—Tú tampoco eres manco en ciertos asuntos. —Welman alzó la cabeza—. ¿Te has enterado de todo lo ocurrido con esos dos fulanitos del pararrayos?

Bronco sonrió removiendo pensamientos.

—Me lo ha contado Chester punto por punto. Se ve que son un par de marrulleros que saben salir de todos los desaguisados.

Héctor frunció las cejas.

—Sí —gruñó meditativo—. Esos chicos necesitan la mano de un profesional para que puedan doblegarse. ¿Sabes lo que quiero decir, Bronco?

—Ya me doy cuenta que tendremos que tomar parte directa en el asunto. ¿Qué le parece si mando un par de muchachos diestros?

Welman sacudió una mano en el aire.

—Tú verás si es oportuno. Lo que me interesa es que no sepa nadie que van de nuestra parte.

—Descuide —contestó Bronco rascándose la patilla—. Haremos las cosas bien.

—Sí, Bronco —gruñó Héctor—. Sería fatal que se encontraran con el petróleo en el momento menos pensado si hurgan en ese agujero de Levin.

Bronco rió pensando el día en que su jefe se haría cargo de todas sus facultades.

—Si eso sucediera, tenga por seguro que no vivirían ni un segundo. Entonces yo pondría toda la carne en el asador.

—No es necesario correr riesgos, Bronco. Manda que se los carguen y asunto terminado. Matar es desagradable, pero mi norma

es vivir sobre una pila de cadáveres antes de estar muerto debajo de ella. Ya lo sabes. Si han de morir ahora, no lo dejes para después.

Bronco permanecía callado un momento, como si estuviera ausente.

Welman lo advirtió.

—Estás algo taciturno, Bronco —gruñó—. ¿Por qué no lo sueltas?

El capataz de Welman sonrió de pronto ante la perspicacia de su jefe.

—¿Quién podrá esconder nada delante de usted? Estaba pensando.

—¿El qué?

Bronco carraspeó.

—Es acerca de los dos chicos de Rocco.

—¿Los que buscan el petróleo con una varita?

—Sí.

—¿Qué les duele?

Bronco pasó la mano por el canto de la mesa.

—Momentos antes de entrar aquí me hablaron de un contrato.

Welman juntó las cejas formando una espesa línea de pelos negros.

—¿Contrato?

Bronco esperó unos instantes para que la idea penetrara en el cerebro de su jefe.

—Verá —sonrió Bronco comprensivamente—. Esos dos chicos se han tomado muy a pecho lo del descubrimiento. Dicen que si no es por ellos, no habríamos encontrado el precioso líquido. ¿No lo nombran así los periódicos?

—Al grano, Bronco.

—Se les han subido los humos a la cabeza.

—¿Y todavía están vivos, Bronco? —exclamó Welman—. Hoy estás un poco tardío, muchacho.

Bronco alteró el azul de sus pupilas.

—Se lo diré todo de una vez, señor Welman —respiró fuerte—. Usted sabe que esa pareja la tenía yo aislada de los demás y sólo se encargaba de tantear las tierras para detectar el petróleo. Ellos se empeñan en que hay en todas partes y bailan de contento. Yo esperaba que surgiera el primer chorro y antes de que tocaran en el

suelo, los dos fulanos pasarían a mejor vida. La verdad es que aún los necesitamos.

—¿Para qué, Bronco?

—Los hubiera aprovechado para liquidar a los del pararrayos. Tiran estupendamente y además nadie los conoce aquí.

Welman pegó una palmada en la mesa.

—¡Infierno, Bronco! ¿Para qué tenemos que correr riesgos? ¡Vete por ellos en seguida!

Bronco sonrió.

—Bien, señor Welman —dijo—. Están en el vestíbulo. Creo que han extendido el papel y todo. Sólo falta que firme usted para que les dé la participación en el petróleo.

Héctor estalló de risa.

—¡Vamos, hijo! —pidió—. ¡Diles que entren!

Bronco se dirigió a la puerta y el empleado cojo acudió.

—Dile a esos caballeros que el señor Welman tiene mucho gusto en recibirles.

El de la pata de palo gruñó sonriente y salió a cumplimentar la orden.

Bronco se volvió hacia Welman.

La puerta se abrió de pronto y dos individuos de aspecto rudo con barbas de cuatro días pasaron por turno rebosando satisfacción.

—El más alto es Jeff Steel —presentó Bronco—. El otro, Norman Murphy.

—¡Vaya, vaya, señores! —sonrió abiertamente Welman—. Ustedes son lo que se dice un par de hombres de negocios.

Jeff correspondió al buen humor de Welman enseñando los sucios dientes con jactancia.

—No somos tontos, señor Welman —dijo—. Mi amigo y yo hemos comentado que usted es un tipo comprensivo. Ya ve lo que hemos hecho por usted.

—Ajá. —Welman los contempló con satisfacción sin pasar por alto los revólveres que les pendían a los costados—. Tendré mucho gusto en darles lo que se merecen.

Jeff guiñó un ojo a su amigo.

—¿Lo oyes, Norman? —rió—. El señor Welman está de acuerdo con el contrato.

Norman era pequeño y enseñó un par de dientes como los

ratones.

—Seremos justos —dijo con una vocecilla chillona—. Sólo queremos un veinticinco.

Welman abrió los ojos.

—¿Sólo eso?

—Norman quiere decir un veinticinco para él y otro para mí.

—¡Eso es ponerse en razón! —aseguró Welman con energía—. Después de todo, a ustedes se debe el feliz descubrimiento.

—¿Verdad que sí, señor Welman?

—Y para que vean —continuó Welman—. Ahora mismo firmaremos el convenio.

Jeff se frotó las manos y luego las dejó caer a lo largo del cuerpo.

—No sé escribir, señor Welman. No sé cómo me las voy a componer para firmar.

Welman abrió la tapa de una consola y guiñó un ojo.

—Tengo algo que facilitará las cosas.

Se dio vuelta sobre sí mismo y mostró una escopeta de cañones recortados.

—¿Qué es eso, señor Welman? —Norman abrió los ojos atemorizado a la vista del arma.

Welman enseñó las dos fundas de oro de sus dientes.

—Un cuarenta y cuatro. Usted sólo pedía un veinticinco, pero yo soy más generoso.

Jeff tiró de los revólveres y Norman lo hizo también como si obedecieran al mismo cerebro.

El arma de Welman escupió un par de veces y arrancó los revólveres de las manos de Jeff, mientras Bronco accionaba el «Colt» sin desenfundar y perforaba las dos manos de Norman.

Jeff y Norman se miraron, las manos vacías el uno y las zarpas heridas el otro.

—¡No queremos nada, señor Welman! —chilló Norman al reaccionar.

Welman compuso un gesto de condolencia.

—No puedo permitir que vaya por ahí herido. Deje que lo cure —cargó de nuevo el arma y los ojos de los dos desarmados parecieron salir de sus órbitas.

Jeff se pasó la lengua por los labios para humedecerlos, pero fue

inútil porque ya no tenía saliva.

—¡No nos mate! —La voz le salió extrañamente ronca.

Welman hizo un gesto de desagrado.

—No me gusta esa carraspera que tienen en la garganta —dijo —. A ver cómo le sientan unas gárgaras de plomo.

Héctor apretó el gatillo y el plomo pulverizó la nuez de Jeff, apareciendo allí un feo agujero rojo.

Jeff puso los ojos en blanco como si fueran dos medios huevos duros y cayó hacia adelante aplastando la escupidera con la cara.

Norman saltó hacia la ventana y entonces Bronco lo paró en seco con un balazo entre las costillas.

El pequeñajo dio la cara al hombre que lo mataba, y entonces dos balas más lo empujaron contra la pared, y cayó sentado al suelo exhalando el último suspiro.

La puerta se abrió silenciosamente y entró el empleado de la pata de palo.

—Lo vi todo por el ojo de la cerradura, jefe —dijo.

Welman guardó el arma.

—Algún día esa fea costumbre te costará la otra pierna y el ojo derecho. Toma nota.

El inválido sacudió la cabeza y procedió a retirar los dos cuerpos.

Bronco estaba entretenido en reponer la carga del «Colt».

Welman se volvió hacia él cuando quedaron solos.

—¿Te das cuenta cómo se vuelve la gente de codiciosa, muchacho?

Bronco soltó una breve carcajada.

—Al principio parecían dos buenos chicos.

Las cortinas revolotearon un instante y apareció Rita portando *whisky* y dos vasos en una bandeja.

Los ojos de Welman chispearon de satisfacción.

—Eres un tesoro, nena —dijo.

Rita Morales sirvió el licor mientras Bronco la miraba con ojos golosos.

Cuando la chica se alejó entre contoneos, Welman sonrió.

—Te gusta, ¿eh, Bronco?

—¿Para qué se lo tengo que ocultar? Usted puede leer en mi alma lo que quiera.

Welman rió abiertamente.

—Si el asunto del petróleo cuaja, pronto, te traeré a su hermana gemela. Se llama Anita. Son idénticas.

—Ya puede ponerla en camino —replicó Bronco y de ver reír al jefe se contagió y soltó la carcajada.

CAPÍTULO VII

Tony Fair y Bob Carson cabalgaban frente al plantel de manzanos de aquella joven tan belicosa llamada Doris.

—Démonos prisa, Tony —dijo Bob—. Me tiemblan las carnes pensando en que esa fulana puede ojearnos con su trabuco.

Pero Tony tiró de las bridas deteniendo su montura.

Bob se inmovilizó dos yardas más allá volviendo la cabeza.

—¿Es que no me has oído, Tony? Estamos en terreno peligroso.

—Estaba pensando.

—No me gusta que pienses en ciertos momentos y éste es uno de ellos.

—Esa muchacha necesita un escarmiento.

—Bueno, yo también digo lo mismo, pero lo dejaremos para otro día, ¿eh?

—¿Por qué no dárselo ahora?

—Oye, Tony, salimos de la complicación por ahora. No necesitamos buscarlas. Ellas vienen a nosotros. No tienes que preocuparte. Lleguemos cuanto antes a lo de Levin y va verás cómo nos tenemos que enfrentar con cualquier otro problema.

Tony puso pie en tierra.

—Ya tengo la idea.

Bob soltó un bufido.

—Yo no entro en el juego.

—Muy bien, Bob, no te necesito. Toma mi caballo y llévatelo y, cuando haya terminado con Doris, me llegaré a pie a la hacienda de Sam.

—Oye, Tony, ¿por qué no te lo quitas de la cabeza? ¿O es que la chica te ha gustado?

—¿A mí? —Tony soltó una carcajada que sonó tan falsa como el

tintineo de una moneda de cobre—. No es mi tipo, muchacho.

—Infiernos, pues ella tiene curvas como para marearse.

—Anda, lárgate y déjame trabajar.

Bob tomó las bridas del caballo de Tony y empezó a alejarse rezongando por lo bajo.

Entonces Tony entró en los callejones de manzanos. Eligió un árbol que estaba muy tupido. Primero echó una ojeada en su torno, cerciorándose de que Doris no era visible. Luego se quitó la chaqueta y, con no poco trabajo, consiguió colocarla sobre algunas ramas, en forma de que diese impresión de que él se encontraba dentro recogiendo el fruto.

Comprobó su puesta en escena alejándose unas yardas del manzano y, cuando dio el visto bueno, corrió a otro árbol y se guareció tras el tronco.

El tiempo fue transcurriendo lentamente. De pronto oyó pasos. Asomó la cabeza y la vio venir. Doris era presa de la indignación como lo pregonaba el movimiento revolucionario de sus senos y el centelleo de sus pupilas. Llevaba el rifle de la salmuera bajo el brazo y su dedo índice se curvaba en el gatillo.

Tony había elegido un buen escondite ya que la joven pasó a unas veinte yardas sin mirar siquiera en aquella dirección. La hermosa tenía la mirada puesta en su supuesta víctima.

Entonces él salió de su escondite y trazó un círculo yendo a detenerse justo a dos yardas de la joven, la cual ya se había inmovilizado.

—¡Eh, usted! —gritó Doris—. Le faltó pagar el precio de las manzanas.

No recibió ninguna respuesta.

—Es un poco sordo, ¿eh? Le apuesto a que me va a oír.

Se echó el rifle a la cara para disparar y en ese instante Tony dijo:

—Buenos días, señorita.

La joven recibió tal sorpresa que se volvió dando un grito al tiempo que dejaba caer el arma.

Al descubrir a Tony con los brazos cruzados, sonriente, y en mangas de camisa, giró la cabeza para mirar hacia aquella chaqueta que había en el árbol y luego volvió a depositar su fiera mirada en el hombre que tenía enfrente.

—De modo que todo ha sido una trampa.

—Sí.

—Usted se cree muy listo, ¿verdad?

—Los que me conocen bien, dicen que lo soy.

—Pues esta vez no le va a valer —y agachándose rápidamente tomó otra vez posesión del rifle.

Tony se le echó encima porque sabía que la muchacha sería capaz de enviarle medio kilo de sal.

Entonces Doris perdió el equilibrio y ambos se vinieron abajo.

Tony pudo comprobar que la muchacha era fuerte porque forcejeó con él para quitárselo de encima y de esa forma los dos rodaron por el polvo, ella soltando gritos.

—¡Condenado tramposo…! ¡Rey de todos los bergantes!… ¡Lo voy a poner en conserva…!

—Vamos, Doris —dijo él sujetándola férreamente por les brazos —. ¿Por qué tiene que afear su cara siendo tan bonita?

La joven se quedó quieta mirándolo.

—¿Qué ha dicho?

—Un requiebro.

—¡Maldito embaucador! —chilló ella y tornó a sus forcejeos.

Pero Tony la apretó más contra el suelo.

—Oiga, muchacha, cualquiera diría que me he llegado a Dougland para pelear todos los días con usted… Sólo vine a trabajar… Mi amigo y yo sólo queremos poner un pararrayos y largarnos cuanto antes de aquí. No nos gusta su tierra, señorita, ni la gente que en ella habita.

—¿Por qué ha venido entonces a buscarnos las cosquillas?

—Soy un hombre, ¿no…? Usted siempre llevó ventaja en las dos ocasiones anteriores en que nos hemos visto. Me imaginé que eso la iba a hacer engordar y francamente, señorita, usted da justo el peso. No le sobra ni le falta un solo kilo.

—¿Quiere soltarme de una vez?

—¿Firmamos la paz?

—¡Váyase al infierno!

—Entonces no la suelto.

—Oh —gimió la joven—, es usted el ser más desaprensivo que he conocido en toda mi vida.

—Le estoy ofreciendo la oportunidad de que usted y yo no

volvamos a pelear.

La joven se mordió el labio inferior con fuerza, como si estuviese haciendo un gran esfuerzo. Por último dijo:

—Está bien. Firmemos la paz.

—Así me gusta —sonrió Tony y la dejó libre.

Doris se puso en pie palmeándose el vestido.

Tony tomó el rifle del suelo y caminó hacia el manzano para recoger la chaqueta.

—¡Eh!, ¿qué hace usted? ¿Por qué se lleva el rifle?

—Tomo mis precauciones.

—De modo que no se fía de mí.

—Muy poco, señorita.

Tony tomó su chaqueta y se la puso sobre el hombro. Descubrió a lo lejos a tres hombres que avanzaban justamente por el callejón donde Doris y él se encontraban. Formaban un trío bastante curioso. El del centro era un hombre pequeñajo, de abultado abdomen y ojos que defendía con gruesos lentes. En su mano derecha portaba una cartera de piel de color negro. Avanzaba sofocado, moviendo muy aprisa un pañuelo junto a su nariz, quizá porque le molestaba el polvo que Doris y él, Tony, habían levantado mientras rodaban por el suelo.

Los otros dos tipos eran muy distintos al pequeñajo. Eran fulanos de talla regular, bien vestidos, de caras alargadas. Cubríanse con fúnebre indumentaria, pero lo que más llamó la atención de Tony fue sus pistoleras. Ambos la llevaban muy baja, sujetas las fundas a los muslos con tiras de cuero.

—Tiene visitantes, Doris —dijo.

Doris se volvió hacia los tres hombres que avanzaban por el campo.

Los tipos se detuvieron y el enano se despojó del sombrero hongo, sonriendo.

—¿Señorita Doris Steve, ejem?

—Sí.

—Soy el abogado Nelson, Leslie Nelson, de la capital… Ejem… Soy portador de una importante oferta para usted, señorita Steve… Ejem…

—¿Una oferta?

—Represento a una persona que está dispuesta a darle cinco mil

dólares inmediatamente por su… —Aquí el señor Nelson hizo una pausa dirigiendo una mirada despectiva hacia los manzanos— ejem… por su pequeño huerto.

Los ojos de la muchacha aumentaron de tamaño.

—¿Ha dicho cinco mil dólares?

El señor Nelson sonrió.

—Ha oído perfectamente, señorita Steve… Ejem… Mi cliente es un tipo al que le sobra el dinero… Yo le he dicho muchas veces que debería comprar más barato, pero él se obstina en hacer la felicidad de su prójimo. De aquí que, sus ofertas sean tan generosas… ejem.

Tony intervino en aquel instante.

—Dígame, señor Ejem, ¿quién es su cliente?

El pequeñajo arrugó la nariz.

—Nelson, amigo mío —puntualizó—. Soy el señor Nelson, abogado de la capital… En cuanto a la pregunta que me ha dirigido no estoy autorizado para contestar, ejem…

—¿Por qué no?

—Mi cliente es un hombre muy modesto y no desea que nadie vaya a su casa a molestarle para darle las gracias por sus formidables aptitudes humanas… ejem…

—A otro perro con ese hueso.

—¿Cómo dice?

—Nadie regala nada. Eso es algo que he aprendido a lo largo de mi vida y es muy extraño que ese cliente suyo no quiera dar su nombre.

El pequeñajo miró alternativamente a los dos hombres que lo flanqueaban.

—Me olvidé presentarles a mis secretarios… ejem… Ellos se encargan de resolver los casos difíciles —volvió a mirar a Tony—. Esto me recuerda que todavía no sé quién es usted.

—Tony Fair.

—¿Familiar de la señorita Steve?

—No.

El abogado sonrió.

—Entonces será mejor que no se meta en donde no le llaman… Ejem… —Volvió a mirar a la joven—. Bueno, señorita Steve, creo que debe aprovechar su oportunidad cuanto antes.

Doris habíase quedado pensativa.

—Acepto, señor Nelson.
—Bravo, señorita.
—Pero no venderé hasta pasado mañana.
—¿Cómo?
—Dentro de dos días celebro mi fiesta de cumpleaños y acostumbro a recibir en esa ocasión a mis amigos.
—Ejem… Eso no será ninguna dificultad… Mi cliente se hará cargo de las circunstancias y dará su consentimiento. Aunque firmemos hoy la escritura, usted podrá celebrar su fiesta de cumpleaños en su propia casa.
Doris Steve miró a Tony Fair.
—¿Qué le parece a usted?
—Es lo que ya le dije antes. Estoy acostumbrado a sospechar siempre que encuentro allanado el camino.
Uno de los fúnebres acompañantes del pequeñajo, justamente el que mostraba una pequeña cicatriz junto a la ceja derecha se adelantó un paso.
—Usted ya ha dejado de hablar, Fair.
—¿Por qué?
—Porque lo digo yo.
—De modo que es usted un Cierrabocas.
El de la cicatriz esbozó una sonrisa.
—Sí. Fair. Y empiezo a sentir tentación de cerrar la suya.
—No podrá.
El otro enlutado se puso a la altura del de la cicatriz.
Fue una escena muda, pero Tony Fair supo sacar las consecuencias. No se enfrentaba con un hombre sólo sino con dos.
Entonces se dirigió al abogado:
—Usted, señor Ejem, cuenta con un par de secretarios muy extraños.
—¡Nelson! —chilló el abogado. Luego agregó—: Cuando salgo de viaje me hago acompañar por estos dos hombres. Uno nunca sabe… ejem… la clase de gentuza con la que se puede tropezar en el camino.
El de la cicatriz dijo:
—Ande, Fair, dé media vuelta y empiece a largarse, pero procure que sea muy aprisa. Queremos ver cómo los talones le golpean en los cuartos traseros.

—Nunca me han gustado los bravucones y tampoco he aceptado las órdenes que ellos me han dirigido.

—Vaya, se cree un tipo de pelo en pecho… ¿Lo oyes, Rocky? Resulta que nos tropezamos con un fulano de agallas.

—¡Puaf! —dijo el otro como si oliese a podrido.

Pero Tony comprendió a tiempo que era la señal para que los dos sepultureros desenfundaran.

Tony lo hizo una décima de segundo antes. Dirigió la primera bala contra el hombre de la cicatriz e incrustó la segunda en la muñeca armada del tipo que decía puaf.

Ambos dejaron caer el «Colt» lanzando sendos gritos de dolor, y allá quedaron indefensos, frente al revólver humeante de Tony Fair.

Doris estaba asombrada, pero no lo estaba menos el abogado de la capital.

Tony dijo:

—Ya oyeron a la señorita Steve. No firmará la escritura hasta pasado mañana.

—Ejem… sí, señor… ejem… No faltaba más. Después de todo, cuarenta y ocho horas no significan nada.

—¡Maldita sea! —exclamó el de la cicatriz—. Necesito un médico.

—Yo también —convino Puaf—. Vamos pronto, antes que nos desangremos.

El abogado dio media vuelta y empezó a alejarse a saltitos seguido por sus dos enlutados secretarios.

Doris Steve observó parpadeante al joven.

—No debió hacer eso, señor Fair.

—Claro que no. Hubiese sido mejor dejarles que me agujereasen.

—Quiero decir que usted los sacó de sus casillas.

—Huelo ciertas cosas a distancia, Doris, y me pareció que aquí había gato encerrado.

—Sólo son suposiciones suyas. Es completamente absurdo imaginar cosas raras donde no las hay.

Tony Fair se había quedado observando la heredad donde crecían los manzanos.

—¿Qué vale esto, señorita Steve?

—Mi hacienda es bastante grande. No sólo abarca esto, sino la parte que ve usted más allá de la zanja por donde corre el agua. Mi

padre lo compró todo por mil quinientos dólares. A su muerte, quedé sola para administrar todo este terreno, y a pesar de algunas dificultades económicas lo he ido mejorando poco a poco. Realmente el precio de cinco mil dólares es lo que vale, pero lo que me extrañó de la oferta es que aquí no tiene nadie un centavo, si exceptúa al señor Welman.

—¿Y por qué le van tan bien las cosas al señor Welman?

—Sólo hace dos años que llegó a Dougland, pero desde el primer momento se supo que traía consigo mucho efectivo. Compró las tierras del viejo Haycrof y, a partir de entonces, siguió comprando las de sus vecinos, hasta el punto de que hoy en el valle sólo quedamos cinco propietarios.

—Me temo que ya son ustedes cuatro.

—¿Cómo?

—Mire aquella carreta.

Por un camino polvoriento avanzaba una galera de cachivaches. En el pescante viajaban un hombre, una mujer y un niño.

—Caramba, son los Forman.

El vehículo avanzó y el hombre que tenía las bridas en la mano, se puso en pie.

—Hola, Doris.

—¿Qué ocurre, Lex? ¿Acaso tu padre se encuentra peor y vas a pasar una temporada en su casa?

—No, Doris, es algo mejor que eso. Vendí mi tierra.

—¿Cuándo?

—Ayer mismo. Y te aseguro que hice un buen negocio.

—¿Cuánto te dieron?

—Cinco mil machacantes.

Tony habló por lo bajo.

—Pregúntele quién fue el comprador.

—¿A quién has vendido, Lex?

—Pues la verdad es que no lo sé. Se presentó un abogado de la ciudad, un tal Nelson, acompañado por dos caballeros.

Tony Fair intervino:

—Pero usted, Forman, tendría que firmar la escritura a favor de alguien.

—Sí, pero el nombre del comprador estaba en blanco. Nelson dijo que, una vez en la capital, llenaría el claro. Según contó, su

cliente es un hombre de muy buenos sentimientos que quiere pasar desapercibido. Bueno, muchacha, tenemos un poco de prisa. Nora y yo sentimos marchar de aquí, pero las ocasiones hay que aprovecharlas cuando aparecen. Ya sabes que compré mi tierra hace tres años por tres mil dólares. Hemos comido todo este tiempo y ahora tengo cinco de los grandes en el bolsillo. Nos volvemos a Saratoga City. Allí compraremos un pequeño rancho y empezaremos de nuevo.

—Buena suerte, Lex. Adiós, Nora.

Los Forman correspondieron al saludo y continuaron su viaje.

—¿Qué le parece a usted eso? —preguntó Doris.

—Sólo le puedo decir una cosa, Doris. Todo forma parte de una combinación.

—¿Pero qué puede ser?

—Voy a poner todo mi interés en descubrirlo. De eso puede estar segura.

Los dos jóvenes quedáronse mirando y de pronto ella preguntó:

—¿Cuál es su interés en todo esto, señor Fair?

Tony hizo un gesto de perplejidad. Realmente, después de haber hecho los dos disparos contra los pistoleros, él se había metido en aquel asunto hasta el cuello. Dio con una respuesta y la soltó.

—Simple curiosidad —tomó el rifle del suelo y se lo alargó a la joven—. Ahí tiene usted su trabuco y espero que no lo vuelva a utilizar contra nosotros.

Luego el joven, sin esperar una palabra de ella, dio media vuelta y salió del campo de manzanos encaminándose al lugar donde lo esperaba su compañero.

CAPÍTULO VIII

Tony Fair llegó ante el hoyo de Sam Levin y descubrió a éste y a Bob que lo estaban rellenando con tierra.

—¿Qué pasa? ¿Es que se han vuelto locos? Dije que tenía que ser más hondo.

Los dos hombres hicieron un alto en su trabajo y Bob dijo con voz compungida.

—Ha ocurrido una catástrofe.

—¿Otra?

—Ésta fue peor que todas las demás. Sam estaba cavando y de pronto empezó a salir un barrillo negro y pestilente.

Levin se rascó el cogote.

—Otras veces ha ocurrido, ¿sabe? Se ve que a unos cuantos metros de profundidad hay un pantano… Por todos los infiernos… es posible que tengamos que abrir muchos agujeros hasta encontrar uno en que pueda colocar sus accesorios.

—Está bien, muchachos. Yo he de volver a la ciudad.

—¿Para qué, Tony?

—Quiero tener una conversación con el *sheriff*.

—¿Con la ley? —retrucó Bob—. Oh, no, Tony, deja quieta a la autoridad. No la molestes para nada. Ya vendrán a buscarnos.

—Es importante, Bob.

Tony se dirigió a los establos y poco después cabalgaba en dirección a Dougland.

Al llegar ante la comisaría desmontó, atando las bridas al poste.

Entró en la oficina sin llamar y el *sheriff* que estaba colocando un cuadro en la pared volvió la cabeza.

—¿Usted?

—En carne y hueso, *sheriff*.

—Creí que se habría largado ya del condado.

Tony sonrió.

—A cada momento encuentro mayores alicientes en el territorio de su jurisdicción, *sheriff*.

Se sentó en una silla y el *sheriff* después de hacer una mueca, continuó su trabajo golpeando el clavo con el martillo.

Tony lió un cigarrillo y cuando arrojaba una bocanada de humo dijo:

—¿Qué sabe usted de Welman, *sheriff*?

—¿Welman…? Es la mejor persona de Dougland.

—¿Sabe algo respecto a su pasado?

—Lo que dijo él cuando llegó aquí.

—¿Qué es lo que dijo?

—Hizo mucho dinero en California.

—¿Buscador de oro?

—No —rió el *sheriff*—. Welman no tiene tipo de eso. Era propietario de una línea de diligencias. Era un buen negocio.

—Ya, y lo vendió todo para venirse a Dougland.

—Exactamente.

—Es muy raro eso de que un hombre se decida a vender un negocio que rinde mucho, para cambiarlo por otro en el que necesariamente ha de correr un riesgo. ¿Comprobó sus informes?

—¿Por qué tenía que comprobarlos?

—Quizá Welman le engañó.

El *sheriff* se atizó un martillazo en un dedo y lanzó un grito.

—Oiga, me está poniendo nervioso, Fair.

—Pasemos a otra cosa, *sheriff*.

—Sí, será lo mejor —dijo la autoridad mientras golpeaba otra vez en el clavo.

—¿Se ha dado cuenta de que últimamente han llegado muchas caras nuevas al pueblo?

—Usted es muy ingenioso, Fair. Efectivamente, llegaron caras nuevas, y las que menos me gustan son las de usted y la de su amigo.

—Muy amable, *sheriff*, pero aparte de las nuestras, ¿qué otras ha encontrado?

—La de un abogado, la de dos empleados suyos. También están esos pistoleros con quienes usted se enfrentó en el almacén de

Percy… Y a propósito de él… Percy quiere que usted le pague los daños.

—Que se los exija a Ned Chambers y sus amigos.

—Percy se tuvo que ausentar de la población y dejó al frente del negocio a Tim, un empleado suyo… Apenas empezó el jaleo, Tim se largó del local. Es un tipo muy miedoso —el *sheriff* hizo una pausa moviéndose para tomar el cuadro que estaba sobre la mesa—. También están los dos radiestesistas.

—¿Esos tipos que manejan la varita y el péndulo en busca de agua?

—Sí.

—Vaya, ésa es otra sorpresa, *sheriff*.

—¿Por qué?

—He recorrido casi todo el valle y el agua corre por tedas las acequias. Que me emplumen si éste no es el lugar de Texas con más riego. ¿Quién diablos trajo a esos dos radiestesistas?

—Welman —dijo el *sheriff* y se quedó quieto, de espaldas al joven.

Tony soltó una risita.

—Siempre llegamos a parar a lo mismo, al señor Welman.

—Oiga, ¿qué es lo que tiene en la cabeza? ¿Por qué no lo dice de una vez?

Tony se puso en pie.

—Todavía nada, *sheriff*, pero ya le pasaré aviso —se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo en el umbral—. Oiga, ¿puede decirme dónde encontraré a los radiestesistas?

—Se alojaban en el hotel Regina, tres casas más abajo.

—Gracias, *sheriff* —dijo Tony haciendo una reverencia y salió por la puerta justo en el momento en que el representante de la ley se atizaba otro martillazo en el dedo.

Poco después, Tony entraba en el hotel Regina. El empleado del registro era un tipo larguirucho, de nariz muy afilada y ojos saltones.

—¿Habitación, caballero?

—Sí, pero quisiera que me la diesen al lado de mis dos amigos. Usted los conoce, son los dos radiestesistas.

—Ellos se hospedan en la habitación número ocho, de modo que le daré la nueve.

—¿Están ellos arriba?
—No, señor.
—¿Cuándo volverán?
—El caso es que se fueron ayer por la mañana y aún no han regresado.
—¿Sí? ¿Y dónde pasaron la noche?
—Lo ignoro, señor.
—Bueno, en tal caso, me daré una vuelta por el pueblo.
—¿No quiere ya la habitación?
—He de hablar primero con mis amigos. Si ellos dicen que no hay chinches, regresaré.
El empleado se puso rojo como una amapola y Tony salió del hotel y echó a andar muy despacio por el entarimado. Se detuvo al ver que por la calle, cabalgando un potro blanco, avanzaba el propio señor Welman seguido por tres jinetes.
Welman fue a detenerse con su gente ante la comisaría.
Tony se adelantó rápidamente y empezó a desatar las bridas de su alazán, pero de pronto levantó la cabeza.
—Ah, señor Welman, creo que ya me conoce.
Welman lo miró atentamente a la cara.
—Sí, creo que sí. Usted es uno de los hombres que mandó llamar Sam Levin.
—Celebro que me recuerde, señor Welman. El caso es que me iba a dirigir a su casa.
—¿A mi casa?
—Sí, quería echar una parrafada con los radiestesistas que usted contrató.
—¿Qué quería hablar con ellos, señor…?
—Tony Fair… Quizá me anime a comprar unas tierras en el valle, pero antes quisiera cerciorarme de que contaré con el agua necesaria.
Por un rato el rostro de Welman permaneció inexpresivo, pero luego sus pupilas brillaron intensamente.
—Así que pretende quedarse en Dougland.
Tony hinchó los pulmones de aire.
—Es un lugar estupendo, sí, señor. Un verdadero paraíso. Y me da en la nariz que el que compra terreno se prepara para el futuro.
—Me temo que usted no podrá tener la colaboración de los

radiestesistas, Fair.

—Ya lo entiendo. Usted los contrató y no quiere prestarlos a nadie.

—No es eso, Fair. —Welman hizo una pausa—. Esos dos hombres están muertos.

—No me diga.

—La culpa en cierto modo es mía. No sabe usted cuánto lo siento.

—¿Qué pasó, señor Welman?

—Les ordené que subieran a un monte de mi heredad para que tratasen de encontrar agua. Quería establecer allí un buen depósito para los tiempos de sequía y los pobres muchachos murieron cumpliendo su deber.

—¿Cómo murieron?

—Subieron a una gran roca que tenía muy poca base en el suelo. Luego ocurrió lo peor. La piedra se vino abajo y los dos muchachos se precipitaron por la ladera provocando un alud. En resumen, cuando acudimos en su socorro, los chicos estaban convertidos en papilla. Los enterramos allí mismo porque traer sus cadáveres al pueblo hubiese significado un detalle de pésimo gusto.

—Claro que sí, señor Wellman. Y usted es un tipo de maneras muy refinadas.

—Han tenido una muerte horrible. No somos nadie, señor Fair. Uno nunca sabe cuándo le va a llegar su último momento.

—Usted escupe mucha filosofía por la boca, señor Welman.

—¿Ya terminó de poner su pararrayos?

—No, todavía no.

Welman alzó sus ojos al cielo, observando las nubes que lo surcaban.

—Si yo estuviese en su lugar, me daría mucha prisa. Parece que se aproxima una tormenta. Y le voy a agregar otra cosa. No creo que pueda comprar ninguna tierra en el valle. Los propietarios son reacios a vender.

—Conozco algunos que están vendiendo. Por ejemplo, Lex Forman. Y hasta la propia señorita Steve ha recibido una oferta. ¿No la recibió usted también, señor Welman?

—Oh, sí, desde luego. Usted se refiere a cierto abogado de la capital, un tal Nelson. Yo rechacé su oferta. Bueno, señor Fair, he de

poner en conocimiento del *sheriff* el triste final de esos dos muchachos.

—Le doy mi más sentido pésame, señor Welman.

—Gracias, señor Fair.

Welman entró en la comisaría cerrando tras de sí.

Tony titubeó unos instantes. Por último terminó de desatar las bridas y montó en su corcel. Instantes después cabalgaba otra vez en dirección al lugar donde debía colocar el pararrayos.

En su mente se agolpaban confusas ideas. Ahora estaba seguro de que algo se cocía en Dougland y estaba dispuesto a apostar su brazo izquierdo a que Héctor Welman no era ajeno a aquel lío.

Sonrió recordando a Doris Steve. Demonios, aquella chica había probado poseer un genio de mil demonios, pero, después de todo, también era una mujer. Y se dijo que ella lo poseía todo, desde la cabeza a los pies.

La aventura había empezado porque Bob y él aceptaron la petición de Sam Levin de ir a Dougland a poner un pararrayos. Habría resultado fácil con ahondar un poco más aquel hoyo, pero el condenado barrillo lo había estropeado. De pronto tiró de las bridas deteniendo su caballo. Aquellas palabras golpearon en su cerebro.

Barrillo pestilente… ¿Sería eso…? ¡Claro que sí! ¿Qué otra cosa podría ser…? Radiestesistas en una tierra de agua, ofertas para comprar terreno por parte de un cliente desconocido, pistoleros mezclados con abogados. Muertes y más muertos. Y por encima de todo, aquel hombre considerado como la persona más honrada del condado, Héctor Welman, que había abandonado en California un negocio seguro.

Tenía que llegar cuanto antes a la hacienda de Sam Levin, para comprobar que no estaba equivocado.

Espoleó su cabalgadura y ésta emprendió un furioso galope.

De pronto sonó un estampido y Tony Fair se desplomó de la silla, dio tres vueltas en el polvo y finalmente quedó inmóvil, de bruces.

CAPÍTULO IX

Dos hombres emergieron tras de una roca. Los dos manejaban rifles, pero sólo uno de éstos humeaba. El tipo que había disparado frisaba en los treinta y cinco años de edad y era de cejas muy blancas.

—¿Qué te ha parecido ese tiro, Max?

El otro, un fulano de unos veinticinco años, de cabello muy rojizo y cara pecosa, ensanchó el tajo de su boca.

—Estupendo, Duke. No ha sido necesario que yo entrase en acción. ¿Dónde le has pegado?

—Justo en la paletilla —contestó el llamado Duke y se echó a reír—. Es mi lugar preferido.

—¿Sabes que después de todo ha resultado un trabajo demasiado fácil?

—Bronco nos aseguró que era un tipo duro. Diablos, ha bastado que lo esperásemos para tumbarlo de una sola vez.

—Bueno, Max, vamos a echar una ojeada.

El otro asintió y echaron a andar con las armas en la mano.

Ocurrió cuando se encontraban a unas diez yardas del caído. De pronto éste se retorció en el suelo y su revólver vomitó plomo.

Max y Duke se dispusieron a disparar cuando vieron moverse al joven. Pero encontráronse conque las balas les mordían la carne.

Duke sintió que el pecho se le ponía al rojo vivo y que le era muy difícil respirar y Max supo qué daño hacía un proyectil incrustado en la boca.

Ninguno de ellos tuvo tiempo para quejarse porque se desplomaron sin vida en el suelo.

Tony Fair se tocó el hombro herido. Había tenido suerte. La bala sólo le había rozado la piel. De pronto oyó el ruido de una cabalgada y se preparó para recibir al nuevo enemigo.

Por entre las rocas apareció cabalgando Doris Steve con su rifle listo para entrar en acción.

Tony, de rodillas en el suelo, la vio llegar y bajó el cañón de su «Colt».

La muchacha tiró de las bridas del caballo y quedóse asombrada al ver los dos cadáveres que había en el suelo.

—Cuando oí el primer disparo debí figurarme que usted estaría metido en el jaleo —dijo.

—No me privo de nada, ¿eh?

Entonces Doris le observó el hombro.

—Lo cazaron.

—Puedo contarlo gracias a que en ese momento iba muy aprisa. Si llego a ir al paso, a estas horas me encontraría lejos de este mundo.

—Usted ha tenido la culpa por enemistarse con todos los ciudadanos de Dougland.

—No sea ingenua, muchacha. ¿Cree sinceramente que intentaron matarme por poner un pararrayos en la choza de Sam Levin?

—¿Por qué supone que fue?

—Acompáñeme y lo sabrá.

—Antes tengo que curarle. Venga a mi zanja de agua. Le lavaré la herida y se la vendaré.

Tony vaciló unos instantes, pero luego accedió.

Minutos más tarde él estaba sentado en el suelo al lado del curso del agua, a torso desnudo, mientras la joven le pasaba un paño húmedo por el rasguño.

—Ya puede decir que ha nacido hoy, Tony Fair.

Tony prestó escasa atención a aquellas palabras porque ella estaba demasiado cerca, y desde hacía un rato sólo tenía ojos para admirar la belleza de la muchacha.

—¿Cuándo se va a casar, Doris?

—¿Qué es lo que dice?

—Le estoy preguntando acerca de sus admiradores.

—Es algo que me tiene sin cuidado.

—Ninguno le gustó, ¿eh?

—Cierre el pico, ¿quiere? No le puedo curar si habla.

—Ya sé por qué no se ha casado. Le tienen miedo.

—No soy ninguna bruja.

—No, no lo es. Pero los tipos de aquí se habrán dicho que tenerla por compañera a usted sería como casarse con un cactus.

Ella detuvo el movimiento de su mano mirándole con ojos brillantes.

—¿También es un requiebro?

Tony sonrió.

—Me gusta porque es una chica muy animosa.

Ella apretó los labios con firmeza y luego levantó la barbilla.

—Me casaré muy pronto, ya que tiene tanto interés.

—¿Con quién?

—Con John Martin.

—Enhorabuena.

—Gracias —repuso Doris—. Y ahora, que ya ha satisfecho su curiosidad, ¿quiere permanecer callado mientras lo vendo?

—No hay vendas.

Doris se puso en pie y dando media vuelta levantóse un poco la falda. Tony oyó cómo se rasgaba las enaguas. Luego Doris se volvió con una tira de tela blanca en la mano adornada con un encaje.

—Yo no merecía ese sacrificio —dijo él.

—Es una herida sin importancia, pero conviene que no se le infecte.

Dicho esto, la joven se puso a vendarle y, para hacerlo bien, tuvo que arrodillarse otra vez en el suelo y pasar los brazos por encima del hombro de Tony con lo cual éste respiró su mismo aire y otra vez volvió a percibir aquel olor a manzana y vio sus labios muy rojos, y de pronto sin saber por qué, puso la mano en la espalda femenina y la atrajo contra sí.

Y entonces ocurrió lo inevitable. Sus bocas se juntaren.

Doris puso las manos en el pecho masculino y dio un tirón separándose.

—Después de todo, no me he equivocado acerca de usted.

—¿No?

—Es usted un aprovechado… Un desaprensivo.

—¿Va a empezar a enturbiar nuestras relaciones ahora que iban por buen camino?

—Oiga —dijo ella haciendo un gesto de asombro—. Es usted el tipo más caradura que he conocido.

Tony le señaló el hombro con la cabeza.

—Ande, termine el vendaje.

—Ni hablar —dijo ella levantándose.

—¿Es que me va a dejar aquí tirado? Usted no puede hacer eso. Podría desangrarme.

—Ahora no me volverá a engañar. Le conozco como si nos hubiésemos criado juntos desde niños.

—Oiga, a mí me pasa lo mismo con usted. ¿No le parece que eso es algo estupendo?

Tony tomó el extremo de la improvisada venda y él mismo la rasgó haciéndose un nudo.

Los dos caballos mordisqueaban la hierba que crecía a la orilla de la zanja.

—Ande, Doris, venga conmigo. Quiero hacer en su presencia un experimento que no dudo le interesará.

—Renuncio.

—¿Por qué?

—¿Y tiene el valor de preguntármelo? Ya sé que es otra de sus trampas.

La joven tomó el rifle y dirigióse hacia donde estaba su potro sobre el que cabalgó.

—Le voy a hacer una advertencia, Tony Fair. Será preferible que en lo sucesivo ignore mi existencia. También hará bien en recordar otra cosa. Me voy a casar con John Martin.

Seguidamente espoleó su alazán y éste empezó a alejarse dejando tras de sí un reguero de polvo.

Tony movió la cabeza sonriendo y también montó su silla.

Poco después llegaba a la hacienda de Sam Levis y el corazón le dio un vuelco al ver la casa convertida en humeantes tizones. Miró hacia el hoyo, lo vio relleno de tierra.

Sus dientes rechinaron de ira.

Hizo saltar el caballo por la cerca dirigiéndolo hacia la parte trasera de la casa.

—¡Bob…! ¡Sam…! —gritó, pero no llegó ninguna respuesta.

Detuvo otra vez su montura dirigiendo la mirada a su alrededor.

Allá sólo había un montón de maderos carcomidos y trozos de tejido metálico. Eran los restos de un gallinero y de pronto uno de los maderos se movió cayendo a un lado, y, en el hueco que se

produjo, vio la cabeza de Sam Levin.

—Hola, chico —dijo el viejo sonriente, y a continuación soltó un hipido.

—¿Dónde está Bob, abuelo?

—Aquí, conmigo. Cuando empezó la juerga vinimos a refugiarnos.

—Y, naturalmente, ustedes la continuaron por su cuenta.

—Oiga, hijo, usted es un tipo simpático. Lléguese a nuestro lado y podrá beber todavía un par de copazos.

—¡Salgan de una vez los dos!

—¿No hay peligro?

Tony se tocó el revólver.

—Lo habrá si no salen en seguida.

Primero apareció Sam, el cual dio un traspié y estuvo a punto de derrumbarse. Bob dejó ver su corpachón. Su rostro estaba inundado por una expresión beatífica, justamente la que le había dado el frasco de *whisky* que sujetaba con su zurda y en el que quedaban un par de dedos de alcohol.

—¿Qué es lo que pasó? —preguntó Tony.

Sam Levin soltó un salivazo contra una de las latas y dio en el blanco, del que arrancó una sonora nota.

—Cayeron sobre nosotros como buitres —explicó—. Por fortuna yo les vi llegar y nos dio tiempo para echar a correr.

—¿Cuántos eran?

—Cinco.

—¿Los conoció usted, abuelo?

—A ninguno.

—¿Oyeron algo mientras estaban haciendo de topos?

Sam Levin soltó una risotada y pegó con el codo en los riñones de Bob.

—¿No dije que ese muchacho tiene buenas ocurrencias? —hizo una pausa—. Hablaron, pero estábamos demasiado escondidos para entender una palabra. Sólo puedo decirle que estaban muy contentos de quemar mi choza… —Sacó su revólver otra vez—. ¡Que me lleve el diablo si no les doy a esos bergantes lo que se merecen! ¡Lo juro por los huesos de mis antepasados!

Bob chascó la lengua.

—Ya te lo advertí, Tony. Este clima no nos sentaba bien, pero

ahora que lo sabes pasemos a las despedidas. —Se abrazó al viejo y lo besó en la cara—. Celebro mucho haberle conocido. Tony y yo sentimos no haber colocado su pararrayos, pero ya ve que no ha sido por nosotros.

Sam Levin gimoteó.

—¿Qué va a ser ahora de mí? Sin pararrayos y sin casa. ¿Se lo imaginan, amigos? Estoy solo, completamente solo.

—No lo estará, abuelo —dijo Tony—. Bob y yo nos quedamos.

Bob volvió bruscamente la cabeza.

—¿Qué es lo que dices, Tony?

—Están los dos como cubas, pero acompáñenme hasta el agujero.

—Ya no es un agujero, Tony —dijo Bob—. Lo llenaron de tierra.

—Cojan los picos y las palas. Vamos, dense prisa antes de que se haga de noche.

—Eh, Tony, ¿qué te pasa en el hombro?

—Me quisieron madrugar, pero no acertaron. Sólo es una herida sin importancia, pero no os ayudaré a remover esta tierra El trabajo os despejará y os puedo asegurar que es importante el ahondar en ese pedazo de suelo.

—¿Hasta dónde?

—Hasta que deis otra vez con aquel barrillo pestilente.

—¡No! —exclamó Bob—. Tenías que haber olfateado esa maldita tierra.

—¡Manos a la obra!

Poco después Sam y Bob se ponían a cavar. El hecho de que la tierra estuviese ya removida facilitó su tarea. Al cabo de dos horas el agujero estaba como Tony y Bob lo habían conocido. Veinte minutos más tarde, Sam anunció:

—Ya está aquí el barrillo.

Tony dijo:

—Saque una buena porción con la pala y alárguemelo.

Sam así lo hizo mientras Bob se apretaba la nariz con la mano derecha haciendo una mueca.

Tony cogió un puñado de barro y lo llevó a la nariz oliendo profundamente. Poco a poco a su semblante afloró una sonrisa.

Sam y Bob lo miraban embobados.

—Esto es gloria —dijo Tony.

Sam se rascó la pelambrera.

—Eh, hijo, ¿quién de nosotros está más borracho? Apuesto a que no somos Bob ni yo.

Tony alargó la palma de la mano con el barrillo.

—¿Sabe lo que es esto, abuelo?

—Porquería.

—Puede llamarlo así si quiere, pero con toda la porquería que tiene bajo su suelo ya puede considerarse un hombre rico.

Sam quedóse mirando un rato la cara de Tony y luego se volvió a Bob tocándose la sien con el índice.

—Su amigo está perdido, Bob. Mala suerte. Tendrá que llevárselo a un manicomio.

Tony se echó a reír.

—¿Es que no se da cuenta, Sam? No vinieron a destruir su casa porque nosotros nos llegásemos aquí para ponerle un pararrayos. ¿Recuerda los tipos que trataron de impedir que usted llevase a efecto su idea? Ya puede estar seguro de que fueron azuzados contra nosotros por alguien que está interesado en que nadie descubra que bajo estas tierras hay petróleo.

—¿Petróleo? —chilló el abuelo.

—Sí, Sam. Porquería.

—¡Que me maten si esto no es un sueño…! ¡Pellízquenme…!

—Está despierto, abuelo, y en lo sucesivo lo va a estar durante el mayor rato porque de lo contrario le volarán la cabeza con un obús.

A continuación, Tony contó lo que sabía acerca de las adquisiciones de tierra por un cliente desconocido de la capital y de qué forma Doris Steve había recibido también su oferta. Cuando hubo terminado su relato, que aderezó con su encuentro con Welman, la historia de los radiestesistas, y el atentado de que él había sido objeto. Sam y Bob quedaron convencidos de que no desvariaba.

—Demonios —exclamó el viejo—. Resulta que me voy a convertir en un tipo importante.

—Antes tendrá que conservar lo que es suyo y eso le va a resultar un poco difícil.

—Oiga, debe estar equivocado en lo que respecta a Welman. Me parece una persona honesta. Admito que hay ciertas cosas que lo acusan, pero sólo deben ser coincidencias.

Tony rió, con sorna.

—Nunca me han gustado las coincidencias y, de todo lo que llevo visto en Dougland, el tipo que menos me gusta es ese Welman. Puede llamarle premonición, corazonada o sexto sentido, pero es de esa persona honesta de la que yo sospecho.

CAPÍTULO X

Bronco soltó una gran risotada.

—Tenía que haberlos visto usted, señor Welman. Echaron a correr nada más vieron a nuestros hombres.

—¿Dónde estabas tú?

—Escondido en el bosquecillo. No quise perdérmelo, Sam Levin y el gigantón desaparecieron de nuestra vista. Luego los muchachos sólo tuvieron que rellenar el agujero y pegarle fuego a la choza del viejo Barba de Chivo.

—¿Crees tú que se habrá ablandado?

—Mañana le envía usted al abogado y Sam Levin se apresurará a vender. ¿Cómo va a rechazar una oferta de cinco mil dólares por una tierra como la suya donde crecen una docena de raquíticos árboles y cuya casa está reducida a escombros?

—En tal caso bajaremos un par de miles —rió Welman—. Hoy va a ser un día completo. A estas horas Tony Fair debe descansar el último sueño.

—Max y Duke nunca han fallado un trabajo y son dos muchachos que le convienen. Sólo han cobrado quinientos dólares.

—Y naturalmente, tú les habrás sacado una comisión.

—Es la costumbre —rió otra vez Bronco.

—Bien —dijo Welman y dio una chupada al largo veguero, agregando mientras lanzaba una rosquilla de humo—: Creo que hemos de dar por resuelto el asunto. Doris Steve venderá dentro de dos días, y, en cuanto a Sam Levin, mañana mismo su tierra pasará a mi poder. Inmediatamente, pediremos a la capital la maquinaria que necesitamos para hacer las perforaciones.

De pronto llamaron a la puerta y, sin esperar una autorización, el hombre de la pata de palo asomó la cabeza.

—Oiga, jefe. Noticias graves.

—¿Qué pasa? Entra de una vez y suéltalas, Jeremías.

Jeremías pasó al despacho haciendo sonar su extremidad postiza.

—Uno de los chicos acaba de llegar trayendo dos cadáveres.

—¿Dos cadáveres?

—Son los dos muchachos que estuvieron aquí hablando con Bronco. El rubio y el otro.

—¿Duke y Max? —chilló Bronco—. Eso es imposible.

—Cerciórate —ordenó Welman con voz seca.

Bronco salió precipitadamente de la estancia, pero sólo tardó un par de minutos en estar de vuelta y su cara ahora se había convertido en una máscara pálida.

—Sí, jefe, son Max y Duke… Están muertos.

Welman golpeó la mesa con el puño.

—¿Cómo lo ha podido hacer ese tipo? Dijiste que Max y Duke eran dos pistoleros profesionales. ¿Cómo ha podido con ellos si le prepararon una encerrona?

—No lo comprendo. Palabra que no lo comprendo.

—Yo sí. Ese Tony Fair tira mejor que ellos y por eso los liquidó, a pesar de que estaba en desventaja…

¡Maldito sea mil veces!

Welman se puso en pie y caminó hacia la ventana mirando a través de los cristales la oscuridad de la noche.

—Ese tipo me saca de quicio. Todo habría ido bien si él no hubiese aparecido.

—No se desanime, jefe. Acabaremos con él como sea.

En aquel instante llamaron otra vez a la puerta.

—¿Qué pasa? —rugió Welman volviéndose bruscamente. Una voz anunció desde el otro lado:

—Han traído un paquete para usted.

Welman hizo una señal a Bronco y éste abrió la hoja retirando de una mano el paquete que estaba envuelto en papel y atado con una cuerda.

—¿Qué es eso? —preguntó Welman.

—Tampoco lo sé, jefe. ¿No esperaba ningún envío?

—No.

—Está bien, lo abriré.

—Espera. Ya sé lo que puede ser.

—¿El qué, jefe?

—Una bomba… Sí, eso es. Tony Fair es un entendido en mecánica y ha decidido acabar con nosotros enviándonos una bomba de relojería.

Bronco se acercó el paquete al oído.

—No se oye nada, jefe.

—Es posible que el mecanismo funcione cuando se abra la tapa, pero de todos modos la abriremos.

—No seré yo —dijo Bronco.

—No, tú no —convino Welman—. Me eres necesario.

Depositó su mirada en Jeremías, y éste retrocedió hacia la puerta.

—¡No, jefe! —exclamó asustado.

Welman sacó el revólver apuntando al estómago del inválido.

—Vamos, Jeremías, acércate a la mesa y abre eso. Tienes diez segundos. Si me desobedeces te juro que apretaré el gatillo. Lo que dije antes de la bomba fue solo una suposición, pero el propio Bronco ha dicho que no se oye nada.

El sudor empezó a resbalar por la cara de Jeremías que se mojó los labios con la lengua mientras vacilaba. Entonces oyó cómo Welman amartillaba el revólver y se acercó a la mesa.

Welman y Bronco retiráronse hacia el lugar más alejado de la habitación.

Jeremías quitó el hilo de la cuerda y el papel y finalmente, con mucho cuidado, se puso a abrir la tapa de la caja de cartón.

—Señor Welman… —balbuceó.

—¿Qué pasa, Jeremías? ¿Qué es lo que hay dentro?

—Tierra.

Welman y Bronco se miraron.

Luego Jeremías, agregó:

—Tierra negra que apesta.

Welman metió el revólver en la funda y caminó rápidamente hacia la mesa arrancando la caja de las manos de su criado.

Sus ojos contemplaron aquel barro negro que ya conocía. Bronco se puso a su lado observando también el interior de la caja.

—¡Ya está enterado! —exclamó Welman—. ¿Lo oyes, Bronco? ¡Tony Fair sabe que en el valle hay petróleo!

En la estancia se hizo un gran silencio que el propio Welman interrumpió:

—Y me ha enviado a mí la tierra como un reto porque también sabe que soy la persona que está comprando las haciendas de los demás.

Bronco paseó por la estancia pellizcándose el lóbulo de la oreja. De pronto se detuvo diciendo:

—Le puedo garantizar una cosa, jefe. Me cargaré a Tony Fair, aunque sea lo último que haga en esta vida.

—No. Ya no puedo confiar en nadie. ¡Ni siquiera en ti!

Bronco sacó el «Colt» como una centella apuntando a Welman y éste lo miró con temor.

—¿Qué vas a hacer, Bronco? Lo que acabo de decir no te puede haber ofendido tanto.

—Sólo he querido hacerle una demostración. ¿Cree usted que Tony Fair tiene mejor saque que yo?

—¿Por qué has de arriesgarte si tenemos a nuestro alcance los medios para liquidar a Tony?

—¿Qué medios?

—Esta noche llegarán a Dougland, Freddy Cumberland y Ronald Cronin.

—¿Los *gun-men*?

—Sí —sonrió Welman—. Y no vienen solos. Siempre llevan consigo una buena pandilla de chicos.

—No me había dicho usted nada.

—Porque no pensaba emplearlos. Cumberland, Cronin y yo nos conocimos años atrás en California. Para ser exactos, formamos una bonita sociedad. Nosotros dejábamos que los mineros reuniesen el oro y, cuando tenían una buena bolsa, esos muchachos y yo nos encargábamos de limpiárselas.

—Ahora comprendo por qué vino usted aquí escupiendo por un colmillo.

—Invité a Freddy y a Ronald a mi casa porque creí que en estos momentos sería el único dueño del valle. Eso demuestra que las cosas se han llevado muy lentas.

—No irá a decir que escribió a Cumberland y a Cronin a

California.

—No. Supe que se encontraban a una veintena de millas de aquí, de paso hacia Yuma y pensé que no sería mala idea que ellos y yo recordásemos los buenos tiempos.

—De modo que les va a encargar a ellos que despachen a Tony.

—Freddy y Ronald me deben la vida. En una ocasión iban a ser ahorcados y yo los salvé cuando estaban en el patíbulo listos para empezar la danza. Me dijeron que estaban deseosos de saldar la deuda conmigo y creo que ahora ha llegado el instante de que ellos y yo quedemos a la par.

Bronco se echó a reír.

—Usted tiene razón, jefe. No hay que preocuparse por Tony Fair, aun cuando sepa a estas horas la clase de asado que tenemos en la parrilla.

Welman hizo una señal a Jeremías y éste salió de la estancia regresando a poco con una bandeja en la que descansaba una botella de *whisky* y dos vasos.

Welman brindó:

—Por el eterno descanso de Tony Fair.

CAPÍTULO XI

Doris Steve observó una vez más la tierra negra que Tony Fair había traído consigo y que ahora descansaba sobre la mesa. Tony ya había terminado de contar todo lo referente a su descubrimiento y ahora la muchacha lo miró parpadeante.

—¿Entonces quiere decir que en mi hacienda también hay petróleo?

—Sin lugar a dudas, Doris.

—¡Santo cielo! Casi no lo puedo creer.

—Pues créalo porque es la realidad.

Doris dio rienda suelta a su alegría. Soltó un grito y giró vertiginosamente mientras palmeaba. De pronto se quedó inmóvil muy seria.

—¡Welman! Ya no me acordaba de él.

—Sí, Doris, es su peor enemigo.

Ella tragó saliva.

—¿Cree usted que no tendré más remedio que venderle?

Welman debe estar decidido a todo. Es un tipo sin escrúpulos, ambicioso, que no se contenta con la riqueza que le pueda proporcionar la tierra que ya posee. Lo quiere todo.

La joven movió la cabeza desalentada, pero de pronto, como si recordase su genio, apretó los labios con firmeza.

—¡Si vuelve ese abogado por aquí, lo recibiré con mi rifle!

—Creo que esta vez no le servirán sus cartuchos de sal.

—Será plomo.

—No, Doris. Usted no puede luchar sola contra ellos.

—Tengo dos empleados. Fox y Jim *Saratoga.*

—¿Se refiere a los dos ancianos decrépitos que encontré a mi llegada?

—Sí. Pero no son tan ancianos.

—Claro, uno debe tener sesenta años y el otro sesenta y cinco. Seguramente, para usted, no se pueden llamar ancianos hasta que sean centenarios.

—Tiene razón, Tony. No puedo obligarles a que me defiendan. El pulso les tiembla ya y serían presa fácil de los hombres de Welman.

La joven se puso a pasear bajo la mirada curiosa de Tony, y luego, se detuvo haciendo chasquear los dedos.

—¡Ya lo tengo…! ¡El *sheriff*!

—Es una tecla que se puede tocar.

—Ahora mismo iré a verlo.

—Está bien, la acompañaré.

—¿Se da cuenta de que son las nueve de la noche?

—Precisamente por ello no puedo dejarla sola. Se me ocurrió enviarle a Welman una porción de tierra.

—¿Ha hecho eso? —inquirió ella asombrada.

—Pensé que si yo le daba a entender que estaba al corriente de todo, se desconcertaría un poco dándonos un respiro. Por si me equivoco, no la dejaré sola.

Doris dio la conformidad y minutos después los dos jóvenes cabalgaban hacia Dougland.

Encontraron al *sheriff* cabeceando un sueño con las piernas apoyadas en la mesa.

Al oír la puerta que se abría, Busch dio un respingo, restregándose los ojos.

—Demonios, hacía unas cuantas horas que no le veía, Tony Fair, y tenía mucho interés en pegar la hebra con usted.

—En tal caso, nuestros puntos de vista coinciden, *sheriff*. Yo también quería hablar con usted.

—¡No me enredará con sus palabras! Yo seré quien pregunte primero. Me dijeron que han visto a los hombres de Welman transportar otros dos cadáveres.

—Sí, *sheriff*, yo me cargué a ese par de tipos.

El representante de la ley empezó a hacer una mueca.

—¡Ya me lo había imaginado!

—No se lamente, *sheriff*. Eran dos pistoleros de pacotilla. Me tendieron una trampa para acabar conmigo, pero yo anduve listo.

La señorita Steve sabe algo de eso. Ella me curó el rasguño de la bala que debía enviarme al otro mundo.

El *sheriff* apuntó con el dedo índice al joven.

—¡Escúcheme, Tony Fair! ¡Estoy de usted hasta la coronilla! Hasta el momento que llegó con su amigo el grandullón, este pueblo estaba considerado como el de más baja mortalidad de todo el condado, y ahora, ¿sabe en qué lugar nos encontramos?

—A la cabeza de la clasificación.

—Sí, señor Fair, pero no sólo a la del condado, sino también estamos en el primer puesto de índice de mortalidad de todo el estado de Texas. Se han producido tantas muertes aquí en las últimas veinticuatro horas, que espero encontrarme con un cadáver detrás de cada puerta que abro.

—No pierda las esperanzas, *sheriff*.

El *sheriff* cerró los ojos y apretó los puños hasta que los nudillos se le blanquearon.

—Tenía que pasarme a mí esto cuando faltan seis meses para la reelección. ¿Qué le parece? Si presento mi candidatura habrá algún ciudadano que se morirá de risa.

—¿Qué le parece si le doy la oportunidad de que esta vez lo reelijan por unanimidad?

—No sé lo que está tramando su mente, pero mi respuesta es… ¡no!

—Sería el personaje más importante de Dougland y su fama se extendería por todo Texas, y hasta rebasaría las fronteras del estado.

—¡Cuentos!

Doris intervino:

—El señor Fair tiene razón, Henry. Si usted nos tiende una mano ya puede estar seguro de que será reconocido como el mejor *sheriff* que haya habido nunca.

Se quedó con la boca abierta mirando a la joven. Por último carraspeó fuertemente.

—¿Y qué debo hacer, Doris, para ser un tipo tan famoso?

—Prender a Welman y encerrarlo en una celda.

Hubo un silencio en la estancia. El *sheriff* parecía haberse convertido en una estatua. De pronto se dejó caer en la silla, levantó las piernas apoyándolas sobre la mesa y después de echarse

el sombrero sobre la cara rezongó:

—Buenas noches, amigos. Tengo sueño. Lárguense.

Doris miró a Tony decepcionada. Entonces éste dijo:

—Será mejor que nos vayamos, señorita Steve. Ya suponía que el *sheriff* estaba en combinación con ese bandido. Escribiré una carta a la capital dando cuenta de todo lo sucedido y así el pueblo de Dougland tendrá oportunidad de ver colgados al mismo tiempo a Welman y a Busch.

El *sheriff* saltó de la silla.

—¡Maldito sea, Fair! Se ha propuesto que no duerma —sacó su reloj del bolsillo del chaleco—. Les voy a conceder diez minutos para que me coloquen la tontería que se traen entre manos, pero luego se largarán de aquí y me dejarán tranquilo. ¿Conforme?

—Corriente, *sheriff* —dijo Tony—. Ande, Doris, Cuénteselo usted.

La joven hizo el relato de todo lo que había acontecido en el valle.

El *sheriff* escuchó primero con aire de cansancio, pero luego, poco a poco, fue ganado por la curiosidad y se levantó de la silla midiendo la estancia a grandes zancadas. Cuando Doris terminó, sólo se oyeron los pasos del *sheriff*. Finalmente se detuvo mirando a sus visitantes.

—Voy a suponer por un momento que ustedes tienen razón, que todo es verdad, que Welman es un tipo duro que se ha querido apoderar de todo el valle porque bajo esa tierra hay un lago de petróleo —guardó un silencio, respiró profundamente y al fin estalló—: ¿Qué infiernos quieren que haga yo? ¡Welman lo ha hecho todo legalmente! ¡No le puedo acusar de nada, no ha matado a nadie, no ha robado a nadie! Ande, Tony Fair, usted es muy listo, dígame un cargo, sólo uno, que me sirva para detener a Welman.

Doris hizo un gesto afirmativo volviéndose hacia Fair.

—Busch tiene razón, Tony. No se puede hacer nada contra Welman.

—Claro que no —asintió el *sheriff*.

Se hizo una pausa mientras las tres personas que había en la estancia permanecían quietas, pero luego la mano derecha de Tony Fair se movió para sacar el revólver.

—No voy a consentir que ese canalla se salga con la suya.

Busch arrugó los ojos.
—¿Está mal de la cabeza, Tony?
—¡A mí me basta con un revólver para juzgar a Welman!
—No tiene derecho.
—¿Lo tiene él para enviarme pistoleros? ¿Tiene Welman algún derecho para apoderarse a toda costa del valle?
—Suponiendo que sea verdad todo lo que usted dice, Welman se ha asegurado la protección de la ley.
—No, *sheriff*, Ahí es donde se equivoca. La ley no protegerá nunca a un estafador. Welman compró la heredad de Lex Forman por cinco mil dólares y todos sabemos ahora que esa tierra vale muchos miles por encima de tal precio. El picapleitos de la capital trabaja acompañado por dos pistoleros. La gentuza de Welman también atacó la propiedad de Sam Levin. Por fortuna, el viejo y mi amigo Bob tuvieron tiempo para esconderse. De lo contrario, no lo habrían contado. Me han intentado asesinar unas cuantas veces —el joven rió con sorna—. Pero usted asegura que Welman tiene la protección de la ley. Dígame, *sheriff*, ¿qué ley es ésa?
Busch emitió un gruñido porque no encontró a mano otra respuesta.
Tony agregó levantando el revólver:
—Cuando en una comunidad ocurren cosas como éstas, sólo hay una forma de arreglarlo, y es a golpe de gatillo.
—¡Maldita sea, Tony! Admito que tiene razón, pero usted irá derecho a la fosa. Está solo… ¿Es que no se da cuenta?
—Eso me importa un rábano. A partir de ahora, todo mi interés consistirá en verme frente a Welman. Entonces le diré dónde está la verdadera ley.
—No puede hacer eso.
—Lo haré.
De pronto se oyó una cabalgada por la calle y luego tres estampidos y unas cuantas risotadas.
El *sheriff* corrió a la ventana mirando al exterior.
Siguieron oyéndose las detonaciones mientras un grupo de jinetes pasaba por frente a la comisaría. Busch anunció:
—Parecen forasteros. Y que me maten si no son también gente de pelea —volvió la cabeza hacia el joven—. Por todos los infiernos, ¿qué diablos está pasando en Dougland? Si las cosas siguen como

hasta ahora, yo seré quien se vuelva loco.

—Le daré un consejo —dijo Tony—. Quédese aquí y cierre los ojos a cuanto vea.

—¡Pero soy el *sheriff*!

—Permanezca neutral hasta que todo haya quedado solucionado. Al fin y al cabo, creo que no va a tener necesidad de esperar mucho.

La puerta se abrió de golpe y en la oficina penetró un individuo de piernas estevadas.

—*¡Sheriff!* —exclamó—. No lo creería si no lo hubiese visto con mis propios ojos.

—¿Qué pasa, Barrington?

—¡Pistoleros en la ciudad!

—Eso no es nada nuevo.

—No son pistoleros cualquiera, *sheriff*. Dougland tiene el honor esta noche de tener como huéspedes a dos superclase —se interrumpió saboreando el momento.

—¡Acaba de una vez y dilo! —gritó el *sheriff*—. ¿Quiénes son?

—Freddy Cumberland y Ronald Cronin.

—¿Ya estás soltando otra vez mentiras?

—Le aseguro que es cierto, Busch. Conocí a los dos tipos en El Paso hace cosa de un año. En aquella ocasión, yo estaba bebiendo un trago cuando de pronto los dos fulanos desenfundaron el revólver y se liaron a tiros. Creí estar en el infierno. Cuando Cumberland y Cronin dejaron de hacer fuego, en el *saloon* había ocho tipos tendidos en tierra. Y le aseguro que ninguno de ellos pudo levantarse por su propio pie porque quedaron listos para la funeraria. —Barrington se echó a reír—. Ésa es la clase de tipos que se ha metido en su ciudad, *sheriff*.

—Tú siempre has sido un gran chico dando noticias.

—Todavía le falta conocer lo mejor.

—¿Sí?

—Oí que Freddy Cumberland preguntaba por la hacienda de Welman.

—Repite eso.

Tony Fair intervino:

—No hace falta que lo repita, Barrington. Todos lo hemos oído.

El *sheriff* se pasó una mano por la pelambrera.

—De modo que yo iba a ser el *sheriff* más famoso de todo el estado… Lo siento, Fair, pero no tengo madera de héroe y si usted es todo lo listo que parece, debe empezar a largarse de Dougland con su compañero.

—Dicen que uno de mis defectos es la tozudez.

—Sigue pensando en quedarse, ¿eh?

—No lo dude un instante.

Tony Fair se dirigió a la puerta.

—Recuérdelo, *sheriff*. No salga de aquí.

Salió de la oficina cerrando tras de sí y entonces el *sheriff* habló a la joven:

—Es una lástima que lo vayan a liquidar. Después de todo, el tipo me resulta simpático.

Doris se mordió el labio inferior con fuerza.

—Esos pistoleros le asesinarán.

—Está tan claro como el agua —el *sheriff* frunció el ceño—. Te interesa el muchacho, ¿eh?

—Tanto como a usted.

Busch siguió mirando el rostro femenino.

—Sé algo de la vida, ¿entiendes, muchacha?, y por ello te puedo decir que tú sientes algo más por Tony Fair.

—Tonterías.

—Si le has cobrado algún afecto podrías influenciar en él.

—¿Para qué?

—Para que se largue.

Doris miró al representante de la ley y de pronto echó a andar muy aprisa saliendo por la puerta.

Observó que el caballo de Tony Fair continuaba junto al porche y entonces descubrió al joven a lo lejos caminando por la acera.

—¡Eh, Tony! ¡Espérame! —dijo.

Tony se detuvo y ella llegó a su lado.

—Tienes que abandonar, Tony.

—¿Por qué, Doris?

—Porque lo digo yo y basta.

Fair le sonrió.

—Es lo mejor que me han dicho en mi vida —luego la rodeó por la cintura y la estrechó fuertemente besándola en los labios.

Otra vez fue Doris quien se separó, pero ahora no lo hizo como

la primera vez que él la besó. Continuó junto a Tony y sólo retiró su cara unas pulgadas.

—Tienes que comprenderlo.

—Yo lo comprendo todo, nena. Tú me quieres y yo te quiero.

—Sí, Tony, tienes razón, lo confieso.

El la besó otra vez.

—Pero, Tony…, ¿es que no te das cuenta?

—¿De qué, Doris?

—No podemos casarnos.

Tony dio un suspiro.

—Ya te entiendo. Sí, hay demasiada diferencia económica entre nosotros. Tú vas a ser una mujer rica y yo soy un tipo con sólo unos cuantos centenares de dólares.

—No, Tony. Para mí no tiene ninguna importancia el dinero. No nos podemos casar porque tú estarás muerto.

—¿Por qué has de ser tan pesimista?

—Oh, Tony, tú no te puedes enfrentar con esos indeseables, Cumberland, Cronin y todos los demás.

—No disparo mal del todo.

—Pero ellos son *gun-men*.

—También lo eran los que tumbé.

—¿Cómo lograría convencerte…? Hay una forma de que seamos felices, Tony. Tú te marcharás de aquí ahora mismo. Yo venderé mi tierra a Welman, pero le pediré que suba su oferta. Me reuniré contigo donde tú digas. Tendremos bastante dinero para empezar una nueva vida —la joven esbozó una sonrisa—. ¿Lo oyes, Tony…? Todo puede empezar a ser maravilloso para nosotros.

—Ya ha empezado a serlo.

—Entonces, ¿das la conformidad?

—No.

—Me imaginé que no iba a adelantar nada.

—Quiero que me hagas un favor, Doris.

—¿Qué es, Tony?

—Ve a la hacienda de Sam Levin y cuenta a Bob lo que pasa. Dile que empiece a viajar y que no pare hasta encontrarse a quinientas millas de aquí.

Entre los dos jóvenes se hizo un largo silencio y por último ella

dijo:

—Está bien, Tony.

Dio media vuelta y empezó a alejarse.

—Doris —la llamó él.

La joven se detuvo y giró la cabeza.

—¿Sí, Tony?

—Te tendré presente en todo momento.

La joven fue a decir algo, pero estaba a punto de echarse a llorar y se volvió otra vez caminando hacia donde había dejado su caballo.

Tony la vio cabalgar hacia la hacienda de Sam Levin y entonces, andando muy lentamente, penetró en el *saloon* La Espuela Negra.

CAPÍTULO XII

Tony Fair bebía sentado a una mesa, cuando se acercó una joven muy hermosa, de rostro sensitivo y curvas pronunciadas, cuya mata de pelo era una llamarada de fuego.

—Hola, chico. Pareces muy pensativo.

Tony le dirigió una mirada aprobando todo lo que veía.

—Hola, muchacha.

—Soy Ivonne.

—Tony Fair.

—¿El del pararrayos?

—El mismo.

En aquel momento se produjo un súbito resplandor en el firmamento y luego se oyó un trueno.

—¡Caramba! —dijo Ivonne—. ¿Es ésa tu tarjeta de visita?

A las palabras de la pelirroja siguió una lluvia torrencial.

Tres hombres entraron precipitadamente en el local sacudiendo los brazos.

Tony hizo una señal a un mozo para que trajese un vaso y luego escanció de su botella.

La joven bebió un trago y observó el rostro de Fair.

—Me han contado muchas cosas de ti, Tony. Con sólo que sean ciertas la mitad, creo que eres un tipo la mar de interesante.

—Gracias, chica. Tú también lo eres. Es la primera vez que descubro a una *girl*, que esconde un revólver en la manga.

La joven se turbó parpadeando muchas veces.

—¿Qué dices, muchacho?

—Lo llevas en la izquierda.

La joven se miró las mangas, que eran de farol, y explicó:

—Siempre me miro en el espejo antes de empezar a trabajar

para asegurarme que no se nota nada.

—Hay un pliegue que no es natural y cuando te mueves un poco a la derecha, la tela se amolda perfectamente a la culata.

—Ahora comprendo que también es cierta la otra mitad de la historia.

—¿A quién temes, Ivonne?

—A nadie en particular, pero hay momentos en la vida de una en que resulta muy conveniente enseñar el hocico de un arma de fuego. Hay tipos que se creen que, porque son hombres, pueden hacer lo que quieran de una mujer. Yo descubrí el procedimiento del «Derringer» para demostrarles que andaban un poco descaminados. Todos mis vestidos tienen algún adorno en la manga o en la cintura para facilitar el escondite.

Un hombre calvo se acercó a la mesa.

—Eh, Ivonne. Te toca a ti.

—Ya voy.

—No podemos esperar. Ahora está lloviendo y es el mejor momento para que los clientes se animen.

La joven se encogió de hombros mientras daba un suspiro.

—¿Lo ves, Tony? Una es esclava de su obligación, pero no tardaré en volver a tu lado.

El hombre calvo se sentó ante el piano y dejó correr los dedos sobre el teclado. Ivonne se puso a cantar la canción *Estoy chiflada por un forastero.*

Otro relámpago cruzó el firmamento y luego se produjo el estruendo.

Las paredes se estremecieron haciendo oscilar las lámparas de petróleo.

Oyóse un galope y los jinetes detuviéronse ante el *saloon.*

Tony tomó el vaso y bebió un largo trago.

Las puertas de vaivén se abrieron nuevamente y penetraron en el local Sam Levin y Bob, los cuales estaban empapados de agua. Sacudiéronse de un lado a otro como dos perros salidos de la alberca y se formó un charco a sus pies. Luego echaron a andar hacia la mesa donde se encontraba Tony dejando tras de sí una estela de agua.

Tony los vio llegar e hizo una mueca.

—Hola y adiós —dijo.

Por toda respuesta, Sam alargó la mano y atrapando la botella se atizó un trago.

—¿Es que no me habéis oído? —dijo Tony.

Bob asintió con la cabeza.

—Sí, muchacho. Te he oído y también estoy al corriente de lo que pasa, porque Doris nos lo dijo, pero Sam y yo nos vamos a quedar aquí.

Fair torció el gesto.

—¿Sabéis que Freddy Cumberland y Ronald Cronin han venido a aliarse con Welman?

—Sí.

—Y, sin embargo, vosotros que echasteis a correr cuando visteis a aquellos pistoleros de tres al cuarto, queréis estar a mi lado para cuando Cumberland y Cronin lleguen en mi busca.

—Te parece extraño, ¿verdad? —Bob soltó un hipido—. Pero Sam y yo somos así de valientes.

—Creo que lo empiezo a comprender todo. Después de marcharme habéis seguido bebiendo. Ninguno de los dos podéis teneros en pie. Es el alcohol el que os da la fuerza.

—Es posible —sonrió Bob—. Te aseguro que es un coraje estupendo.

Sam fue a sentarse en una silla, pero calculó mal la distancia y se vino al suelo golpeándose los cuartos traseros.

—Échame una mano, comandante —dijo alargando el brazo hacia Bob, el cual le ayudó a ponerse en pie y a dejarle en la silla.

Tony se frotó el mentón.

—Menuda pareja de colaboradores me he buscado. Ninguno de los dos seríais capaces de pegarle un balazo a una vaca.

Sam se le echó encima.

—Somos tus amigos, Tony, y no te podemos dejar en la estacada. Moriremos con las botas puestas.

—¡Bravo, abuelo! —exclamó Bob—. Así es como hablan los hombres.

—¿Qué hombres? —dijo Tony.

—¡Silencio! —chilló un tipo de la mesa de al lado.

Bob se levantó y fue hacia él descargándole un trallazo en el maxilar inferior. El tipo salió disparado, se fue contra la pared y desplomóse en el suelo sin conocimiento.

—¡Silencio! —gritó Bob y se puso un dedo en los labios dirigiendo una mirada en su torno.

Luego volvió a ocupar su asiento.

Ivonne continuaba interpretando su canción.

—¡Demonios! —exclamó Bob—. Cantan bien esas dos hermanas gemelas.

—Lo que más me agrada —asintió Sam—, es que las dos voces van a la par.

Tony no hizo comentario alguno. ¿Para qué? Estaba convencido de que la presencia de sus dos compañeros sólo haría empeorar las cosas. Pero si Cumberland y Cronin se dejaban caer por allí, no permitiría que Sam o Bob sacasen el revólver para defenderlo.

La pelirroja terminó de cantar y los espectadores prorrumpieron en una salva de aplausos. Ella sonrió haciendo repetidas inclinaciones con la cabeza y fue a la mesa donde estaba Fair.

—Lo hiciste muy bien —dijo Tony.

—Ellas son las que están bien —exclamó Bob poniéndose en pie —. No sé con cuál quedarme.

Ivonne arrugó el entrecejo.

—Oiga, deje que le pinche con un alfiler y apuesto a que le sale un chorro de *whisky*.

El grandullón soltó una risotada.

—¿Habéis oído a las chicas, muchachos? Dicen cosas graciosas. Me quedo con las dos.

—Tendrá que quedarse con su abuela, hermano —miró a Tony —. Volveré a verte cuando la mesa esté menos concurrida.

Giró rápidamente y echó a andar. Entonces Bob dio un salto tratando de atraparla, pero eligió justamente la parte donde Ivonne no estaba, y al abrazar un trozo de la atmósfera, se dio de bruces contra el piso.

Sam Levin se retorcía de risa tomándose los riñones y Tony no pudo menos que sonreír.

Fuera seguía lloviendo con relampagueos y fragor de truenos, pero de repente, por encima de aquella barahúnda atmosférica, se oyó el galope de varios caballos.

Bob se levantó y su cara empezó a palidecer.

Sam acercó otra vez la botella a sus labios. Su nuez bajaba y subía al compás de los tragos.

—Tony —exclamó Bob—. ¡Ya están ahí!

—Bueno, ¿no queríais participar en la fiesta?

—Oye, chico. Allá detrás hay una puerta. Echemos a correr antes de que sea demasiado tarde.

Había cesado la cabalgada y ahora oyéronse un tropel de pasos en el porche y luego las hojas oscilantes fueron impulsadas desde el exterior y siete hombres penetraron en el local.

Los siete se detuvieron. Se cubrían con impermeables negros y todo en ellos parecía ser del mismo color fúnebre. Las barbas, sus ojos y sus pensamientos.

Las conversaciones habían languidecido y, ahora, un silencio absoluto reinó en el *saloon*.

Dos tipos estaban al frente del grupo. Uno era muy alto, delgado y el otro bajo, rechoncho. Éste fue quien habló:

—¿Echamos un trago, Freddy?

—Sí, Roland —asintió el larguirucho—. Creo que eso nos pondrá a tono.

Avanzaron hacia el mostrador tras el que estaba el mozo que ni siquiera parpadeaba.

—¿Lo has oído, estúpido? —dijo el llamado Ronald—. Queremos un trago.

—Ahora mismo —respondió el empleado.

Se dio mucha prisa, pero estaba demasiado nervioso y rompió dos vasos antes de alinear los siete sobre la barra. Su mano tembló mucho mientras escanciaba.

Freddy y Ronald tomaron sus vasos y sólo entonces movieron sus acompañantes los brazos para tomar posesión del que les correspondía.

Bebieron mecánicamente, de una sola vez, y tras dejar los vasos sobre el mostrador, se volvieron hacia el público que estaba sentado en las mesas.

Los ojos de Freddy y de Ronald escudriñaron hombre por hombre hasta que tropezaron con la figura de Tony Fair.

Sam Levin se había puesto a cuatro patas y gateaba hacia las puertas de vaivén.

—¡Eh, usted, abuelo! —lo llamó Ronald.

Sam detuvo sus movimientos.

—Se me ha perdido medio dólar —dijo—. Y apuesto a que ha

sido en la calle.

—No está permitida la salida de nadie. Aquí se va a celebrar un espectáculo y no queremos que nadie se lo pierda.

—¿Qué clase de espectáculo? —preguntó Sam haciendo un gallo.

—Es una buena comedia que lleva por título *Muerte de un tipo vivo.*

Capítulo XIII

Sam Levin se puso en pie de un salto y retrocedió hacia la pared.

—Oiga, no puede hablar en serio. Yo no les he hecho nada. No soy ningún tipo vivo.

—Cierre el pico, abuelo —ordenó Freddy—. No me refería a usted.

—¿A quién?

—A un fulano cuyo nombre es Tony Fair.

Hubo otro silencio y Ronald preguntó en voz alta:

—¿Está por aquí Tony Fair?

—¡No está! —respondió Sam Levin—. Justamente lo vi marchar hace cosa de media hora. Llevaba mucha prisa. Si ustedes montan en los caballos es posible que lo puedan alcanzar antes de llegar a San Benito.

Freddy Cumberland rió.

—Ha respondido demasiado aprisa, abuelo, y ya sabemos que usted es amigo de Tony Fair.

Tony Fair habló desde la mesa que ocupaba:

—Está en lo cierto, Freddy. Yo soy Tony Fair.

Los ojos de los siete hombres que se cubrían con impermeables negros detuviéronse en el joven.

Ronald Cronin sacó una bolsa de tabaco y papel y se puso a liar un cigarrillo.

Freddy Cumberland miró al grandullón de Bob y dijo:

—Eh, usted, cabezota. Empiece a largarse de ahí.

Bob se puso en pie.

—Estoy dispuesto a pelear a puñetazos con ustedes. Vengan aquí de uno en uno o por parejas.

Freddy Cumberland rió.

—¿Oís al payaso, muchachos? Quiere jugar un poco. ¿Qué decís vosotros?

Los dos tipos más altos dieron un paso al frente. Eran de pecho hercúleo y largos brazos. A uno de ellos le faltaba la oreja izquierda y fue el que habló:

—Dick y yo acabaremos con él en un instante.

—Está bien, muchachos —asintió Freddy—. Pero quiero oír cómo crujen sus huesos.

—Descuida, Freddy. Los vas a oír —respondió el llamado Dick.

Dick y su compañero se escupieron las manos.

Tony Fair tomó por un brazo a Bob.

—Déjalo, chico.

Bob arrugó la nariz.

—Demonio, tenía ganas de desentumecer los músculos y estos buenos chicos me van a proporcionar la oportunidad.

Los dos hombres pertenecientes a la pandilla de Cumberland levantaron los puños.

—Ven aquí animal —dijo Dick.

Bob dio un tirón desasiéndose de la mano de Tony y serpenteó entre las mesas.

Tony se dio cuenta de que Bob iba a empezar llevando la peor parte, ya que su amigo calculó mal la distancia, tal como había ocurrido antes con la pelirroja, y se metió por entre los dos fulanos en lugar de atacarlos por cualquiera de los flancos.

El puño derecho de Bob cortó el aire al no encontrar en su camino ninguna parte sólida.

Dick lo detuvo en seco estrellándole el puño en el plexo solar y luego el hombre de una sola oreja le incrustó los nudillos en el pómulo.

Bob se derrumbó sobre el piso húmedo deslizándose como sobre una pista de hielo. Abatió a su paso dos mesas, seis sillas, dos jóvenes, tres viejos y una salivadera.

Cumberland y sus hombres celebraron la escena con estruendosas carcajadas.

Bob emergió de entre las sillas y las mesas y empezó a sacudir la cabeza de un lado a otro.

Tony conocía bien a su amigo y lo había visto pelear otras muchas veces en análogas circunstancias. Después de beber un poco

más de la cuenta, siempre empezaba por recibir y eso era algo bueno para Bob, ya, que los puñetazos producían en él un efecto milagroso. El de disipar los vapores del alcohol.

—Anda y ven a por más —dijo Dick jactanciosamente.

—No se vayan, compañeros, que ahí voy —dijo Bob y acudió otra vez a la cita.

Dick y su compinche no se movieron porque estaban demasiado engreídos de su ventaja.

Bob acertó lo que debía hacer, yéndose a por Dick.

Levantó el brazo izquierdo y el sujeto picó el cebo y se movió hacia el otro lado para burlar el supuesto golpe. Entonces entró en acción el puño derecho de Bob y, con una celeridad inaudita teniendo en cuenta su peso, recorrió la distancia que lo separaba de la cara de Dick.

Se oyó un restallido como si hubiese roto una vajilla entera y todos vieron asombrados cómo el forajido saltaba en el aire, golpeaba contra el filo del mostrador y daba una vuelta de campana desapareciendo por el otro lado armando un estrépito de mil demonios al arrastrar en su caída un buen surtido de vasos.

Bob no se tomó descanso y cuando el tipo de una sola oreja fue a darse cuenta, se encontró con que Bob le había cazado en el estómago con una impresionante izquierda.

El pistolero se vino hacia delante con las fauces abiertas y ése fue un momento maravilloso para que Bob le castigase el mentón.

El vapuleado hizo una carrera escalofriante escupiendo dientes. Finalmente golpeó contra una columna que pareció ir a arrancarse de cuajo, pero eso no llegó a ocurrir y luego el fulano se puso bizco y se desplomó estrellando la cara contra el piso.

Bob levantó los puños moviéndose de un lado a otro.

—Vengan otros dos…

Freddy Cumberland habló con voz fría:

—Ya acabó el juego, cabezota.

—Usted quería oír el crujido de mis huesos. Es justo el sonido que yo quiero oír… el de los suyos.

—Muévete una pulgada y te fabrico otro ombligo, cabezota.

Tony Fair habló desde la mesa:

—Ya hiciste bastante, Bob. Quieto ahora.

Bob se calmó al oír la voz de Tony y entonces Cumberland

sonrió mirando a Tony Fair.

—Tiene un buen perro danés, Fair.

—Usted es de la familia —dijo Tony—, porque es un hijo de perra.

Freddy Cumberland empezó a ponerse lívido.

—Desahóguese, tipo vivo —dijo—. Nos lo vamos a cargar.

Ronald dio una chupada al cigarrillo mientras arrojaba un chorro de humo, dijo:

—No perdamos más tiempo, Freddy. Hicimos un largo viaje y quiero descansar.

Fuera, la tormenta había arreciado.

Un rayo tableteó cayendo en algún lugar del pueblo. El estallido fue tan grande que muchos clientes se levantaron asustados. Uno de ellos exclamó:

—¿No os lo dije, muchachos? Son dos magos… Mi abuela me dijo que la gente que tiene algo que ver con las tormentas hace pactos con el diablo.

—¡A callar! —gritó Freddy—. A estos dos magos los vamos a liquidar nosotros. Sólo son un par de desgraciados y el diablo no quiere con él tipos como ellos.

Tony Fair se puso en pie.

—Quizá el diablo os prefiera a vosotros, ¿verdad Freddy?

—Todavía no he hablado con él.

—Yo te daré un boleto para que vayas directo a su casa.

Freddy Cumberland soltó una risotada.

—Los he conocido fanfarrones, pero ninguno lo es tanto como tú, Tony Fair.

—Apártate, Bob —dijo Tony.

—Yo también sacaré mi revólver —dijo el grandullón—. Ellos son cinco.

—No, Bob. Es cuenta mía. Ya hiciste tu trabajo mermándolos.

Pero Bob había tomado ya su decisión y se puso al lado de Tony.

Los cinco asesinos seguían junto al mostrador, pero ahora descolgaron sus brazos dejándolos inertes.

El abuelo gritó:

—¡Esperad, muchachos! Sólo falta Sam Levin, del Séptimo de Caballería.

Ronald Cronin estalló furioso:

—¿Qué clase de duelo es éste? ¡Nos enfrentamos solo con unos payasos!

Sam hinchó los pulmones de aire y con eso casi tuvo bastante para caer, pero logró mantener el equilibrio apoyándose en el respaldo de una silla.

—Morir con honor es el lema de nuestro regimiento… ¡Allá voy, chicos!

Recorrió la distancia que lo separaba de Tony y se puso al lado contrario al que se hallaba Bob. De esa forma, el joven quedó en el centro.

Ronald arrojó el cigarrillo.

—Esto va a parecer un fusilamiento. ¿Quiere alguno de ustedes que le pongamos una venda en los ojos?

Sam Levin levantó su barba de chivo.

—¡Tiren, esbirros!

Tony Fair vio por el rabillo del ojo cómo la pelirroja Ivonne se encontraba a unas tres yardas, al lado de una columna.

—Mire aquello, abuelo —dijo.

Sam Levin miró en la dirección que el joven le indicaba y entonces éste le propinó un puñetazo en el maxilar.

Levin giró como una peonza y desplomóse sobre una silla que destrozó con su peso y allá quedó tendido en el suelo privado del sentido.

Bob chascó la lengua:

—Interna algo de eso conmigo y te la ganas, Tony.

—El no tenía nada que ver con lo nuestro. Confieso que también te quería dejar fuera, pero si te empeñas, adelante.

De pronto se oyeron pasos fuera del local y entró Héctor Welman.

Se hizo otro silencio mientras el recién llegado se recostaba contra la pared. Sus labios sonrieron.

—No se detengan por mí, muchachos. Pueden continuar con la representación.

Freddy Cumberland sacudió la cabeza.

—¡Ahora, chicos!

Tony propinó un empujón a Bob lanzándolo hacia la pared de la izquierda, per o también movió su mano derecha desenfundando con la mayor rapidez de toda su vida. Hizo dos disparos, y calculó

que ése había sido el tiempo que los otros habían invertido en el saque. No dudaba que Cumberland y Ronald habrían desenfundado más velozmente que él en otras circunstancias, pero los forajidos consideraban aquello como un trabajo fácil y no movieron los dedos con la debida celeridad.

Luego Tony saltó hacia la columna tras la que se encontraba Ivonne.

Para ese entonces oyó dos estampidos procedentes de la parte de enfrente y las balas la siluetearon y supo que, de haberse estado quieto, él ya estaría muerto.

Mientras cruzaba el aire, encogido el cuerpo, hizo dos disparos más.

Para ese entonces Cumberland y Ronald habían recibido los primeros picotazos. Cumberland en el corazón y Cronin en la frente, y ambos se derrumbaron sin emitir un solo gemido.

Y las otras dos postas de Tony encontraron en su camino carne humana, la de dos forajidos. Un estómago fue agujereado y el otro tipo sintió su hígado aquejado del mal del plomo y los dos se estremecieron lanzando alaridos de muerte. Uno de ellos, el del estómago perforado, golpeó al caer contra el único tipo que quedaba sano y eso fue lo que salvó la vida por segunda vez a Tony porque el asesino ya lo tenía bajo su punto de mira, pero, al golpe, la bala que envió fue a estrellarse contra el techo.

Pero entonces le ocurrió a Tony algo con lo que no contaba. Al caer percutió el codo contra el suelo y el revólver se le escapó de la mano alejándose no menos de cuatro yardas.

El tipo que había salido trompicado por su compañero, diose cuenta de que ahora podía acabar con Tony Fair y éste se quedó un momento paralizado observando el «Colt» que le apuntaba.

Welman hizo rechinar los dientes.

—¡Adelante, muchacho! ¡Yo te ayudaré! —dijo y también desenfundó.

Tony miró hacia Bob y lo vio en el suelo sin sentido porque indudablemente había tropezado con algo al caer.

Había llegado la hora de su muerte.

—¡Tony! —Oyó que lo llamaban.

Miró hacia arriba y vio a Ivonne que le arrojaba el «Derringer».

Fair alargó la mano saliendo al encuentro del arma y dio una

vuelta sobre el piso justamente cuando Welman y el otro pistolero disparaban.

Los plomos picotearon en la madera.

Tony quedó de bruces e hizo fuego con el «Derringer». El primer plomo lo destinó a Welman, al cual le entró justamente por la nuez saliéndole por detrás.

El otro lo destinó al pistolero de la pandilla de Cumberland acertándole en la cabeza.

Welman retrocedió hacia la pared dejando caer el arma, porque se estaba ahogando. Llevóse las manos al cuello mientras los ojos se le salían de las órbitas y empezó a hacer extraños gargarismos.

Las puertas de vaivén oscilaron una vez más y Bronco, el hombre de confianza de Welman, entró con el revólver por delante.

Tony leyó en los ojos de aquel tipo que también deseaba matarle, pero él disparó antes.

El plomo golpeó contra el pecho de Bronco, quien fue impulsado contra las hojas. Allí trató de agarrarse para evitar la caída y, lo consiguió a medias, pero tuvo un acceso de tos y empezó a arrojar sangre por la boca y finalmente se abatió quedando con medio cuerpo fuera del local.

Tony Fair se puso en pie resoplando.

Miró a Ivonne y alzó el «Derringer».

—Gracias, muchacha. Si me lo das lo guardaré en una vitrina.

—Es tuyo, Tony. —Ivonne miró a Bob—. Ese grandullón es muy valiente.

—Haz algo por él.

—Sí, Tony. Lo haré muy gustosa —sonrió Ivonne y caminó adonde se encontraba tendido Bob.

En aquel instante entró Doris con su trabuco que disparaba sal.

—¡Quieto todo el mundo…! ¡Al que se mueva…! —se interrumpió al ver el cuadro que se ofrecía a sus ojos.

Tony la miró sonriente y ella pudo articular palabra.

—Oh, Tony…

Dejó caer el rifle y echó a correr hacia el joven quien la besó fuertemente en la boca.

Bob despertó en brazos de Ivonne y al verla dijo:

—Tú eres justamente la que más me gustaba de las dos hermanas —y para probarlo, le dio un beso.

El *sheriff* Busch apareció en el *saloon* con un «Colt» en la diestra y después de cambiar una mirada con Tony fue a hacerse cargo de los pistoleros sobrevivientes.

Sam Levin se puso en pie y, para no caer, tuvo que agarrarse a una mesa. Desparramó la mirada por la estancia y cuando consiguió enfocar las imágenes de Tony y Bob exclamó:

—¡Bravo, muchachos! ¿Qué os parece si ahora me ponéis de una vez ese pararrayos?

Pero Tony y Bob no le pudieron contestar porque estaban muy ocupados.

FIN